IVAN JABLONKA

En camping-car

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

libros del
Zorzal

EN CAMPING-CAR

IVAN JABLONKA

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Título de la edición original:
En camping-car

Primera edición: marzo 2019

© de la traducción, Agustina Blanco

© Ivan Jablonka, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA. S A., 2019
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona
anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

ISBN: 978-84-339-8031-1
Depósito Legal: B. 11303-2002

Printed in Spain

1. ¡SED FELICES!

—¡SED felices!

Mi padre se giró hacia nosotros con el rostro de color escarlata y los rasgos deformados por la ira.

Su grito nos sobresaltó. La orden que acababa de rugir era tan desmesurada que nuestra vida no podía resistirla. Estábamos suspendidos entre el terror y la estupefacción, inmóviles, esperando, listos para ser aniquilados.

Marruecos, verano de 1986. Nuestra autocaravana domina un valle bíblico: un oasis serpentea a lo largo de kilómetros y kilómetros, siguiendo el río que lo irriga al pie de un árido cordón montañoso.

Somos cuatro niños de entre ocho y doce años —mi hermano y yo y los hijos de los amigos con los que viajamos—, entretenidos jugando al tarot en la parte trasera de la autocaravana. Mi padre nos ha dicho que miráramos por la ventana; uno de nosotros le ha respondido que no teníamos ganas y que, además, nos estábamos aburriendo.

La autocaravana frenó en seco. Mi padre, que iba al volante, se dio la vuelta, y entonces estalló la crisis de furia, que las palabras recrean de manera muy imperfecta después de treinta años.

El asunto es que estamos jugando a las cartas como unos tontos, en lugar de admirar el magnífico paisaje. Nosotros tenemos la suerte de viajar, descubrir países, visitar museos, estar con amigos de nuestra edad. Hay niños que pasan las vacaciones en su casa, o en un camping común y corriente de Flots Bleus.[1] A veces, vemos en algún restaurante a una hija o un hijo únicos aburriéndose como ostras junto a sus padres, mirando de reojo hacia nuestra mesa alegre y ruidosa. Hace unos días, en una estación de servicio, nos llenó el depósito de combustible un niño marroquí: él tampoco se va de vacaciones.

Mi padre solo podía ser feliz si pensaba que nosotros también lo éramos. La mayor parte del tiempo, se convencía de que éramos infelices, hacinados en nuestro apartamento parisino, privados de una «pandilla de amigos» con quienes correr por un jardín. Esa certeza lo deprimía y, a mí, me resultaba difícil saber si yo era feliz o infeliz; incluso me costaba decidir qué era la felicidad, ese estado que mi padre quería para nosotros pero que, según decía, no podíamos

alcanzar por su culpa.

Mi padre nació en París en abril de 1940. Vivió menos de tres años con sus padres: estos fueron arrestados una mañana y deportados a Auschwitz, donde fueron asesinados. Conté sus vidas en *Historia de los abuelos que no tuve*. Primero, estuvo escondido con su hermana en casa de unos campesinos de la región de Bretaña y, después de la guerra, fue encomendado a la Comisión Central de la Infancia, una organización judía comunista que recogió y crio a cientos de huérfanos de la Shoah entre 1943 y 1959. Los niños vivían en preciosas casas en medio de un parque, una mansión en Andrésy o un chalé en Sainte-Maxime. La educación colectiva, el aire libre, la pedagogía progresista heredada de Korczak y Makarenko, el voluntarismo y los cantos (comunistas, cuando no estalinistas) le abrieron a mi padre, y a sus hermanos y hermanas de dormitorio, las vías de la resiliencia.

Mi madre creció con sus padres; ella nació en mayo de 1944 en Rothschild, el único hospital de París que estuvo abierto a los judíos, y su madre la amamantó varias veces en el sótano de la casa, en plena noche, durante las alertas aéreas. Su abuelo, recluido en Drancy, no regresó de Auschwitz. Los padres de mi madre —únicos abuelos que tuve— escaparon milagrosamente de las redadas («mi buena estrella», decía mi abuela). Después de la guerra, compraron una pequeña tienda de muebles en el barrio de Saint-Antoine, cerca de la Bastilla. Mi madre y su hermana hacían los deberes en la mesa de la cocina.

De los seis a los dieciséis años, pasé las vacaciones de verano en autocaravana, junto con mi hermano, mis padres, unos amigos de ellos y sus hijos. A bordo de nuestra Combi Volkswagen, en unos años surcamos Estados Unidos y una buena parte de la cuenca mediterránea, de Portugal a Turquía y de Grecia a Marruecos. El jardín del Edén renacía todos los años. En mi recuerdo, esos veranos están bañados de sol, mar, naturaleza, emociones de toda índole, pero sobre todo permanece la impresión de que es el momento de mi infancia en el que fui más libre.

Y más feliz. Las zambullidas en el mar, las visitas a iglesias y bazares, el despertar por la mañana a orillas del agua o al pie de un templo antiguo, la excitación de la partida, la embriaguez del viaje, la intensidad de esa vida conformaron la propia materia de mi felicidad. Y ese regalo me lo hicieron mis padres. Pero a veces, cuando me invade la inquietud, me pregunto si realmente era feliz, o si no habré sucumbido a mi padre, diciendo serlo, creyendo serlo para que por fin él también lo fuera; si mi felicidad actual no es el espejismo que sus traumas hicieron vibrar en mí, el claro de sol en medio de sus sombras que se proyectaban en mi cielo de niño; en otras palabras, el esfuerzo

que hice para consolar a mi padre, para darle las gracias por ser divertido, tierno y provocador, proveedor de momentos únicos que cualquier niño del mundo envidiaría. Esas vacaciones ¿habrán sido la ilusión gracias a la cual él y yo nos contentamos con una felicidad vacua para tener paz y vivir solo un poco?

Este libro surgió de la confrontación de dos acontecimientos que se produjeron con cuarenta años de intervalo: la Segunda Guerra Mundial y mis vacaciones. Había, en mi alegría estival, una familiaridad con la muerte. Mi presencia en el mundo se comunicaba con el tiempo anterior a mi vida. Recordaba a gente que no había conocido. De eso resultó algo peculiar: yo.

2. PORTUGAL 1983

LA PRIMERA cronología que elaboré en mi vida solo tiene valor para mí. No es más que una enumeración de mi epopeya íntima: Córcega 1982, Portugal 1983, Grecia 1984, Sicilia 1985, Marruecos 1986, Italia 1987, Turquía 1988. En esos países, coleccioné recuerdos que testificaban que había estado allí: fragmentos de alfarería antigua, frascos llenos de arena, baratijas compradas en algún mercado tras un divertido regateo; reuní mis primeros «archivos», entradas de museo, postales, planos de ciudades, billetes y fotos, que pegaba con cuidado en mis álbumes de viaje. Por ejemplo, mi diario de Sicilia, redactado durante las vacaciones de Semana Santa de 1985, se abre con una espina de ocho centímetros que corté valientemente de un arbusto.

Esos escritos no siempre son apasionantes («esta mañana, me levanté a las 7.30, listo para la acción»), pero demuestran que, ya en aquella época, tenía conciencia de la excepcionalidad de nuestros viajes. Unas hermosas vacaciones debían dar lugar a un interesante relato que perdurara en un bonito cuaderno. Ver y describir. Yo intuía ya la importancia de la autocaravana en mi «historia».

Si miro mi infancia precisamente como historiador, asociando los elementos que se asemejan, fusionando los ciclos lectivos, las partidas de Lego y de Playmobil con mi hermano, los fines de semana, las fiestas familiares, los cumpleaños, todos esos instantes de los que están compuestos mis primeros años sin grandes problemas, sobresalen dos períodos de felicidad que estructuran esa rutina de dulzura y angustia: el año escolar de 1979-1980 que pasamos en California y las vacaciones en autocaravana en los años ochenta. Estados Unidos, por un lado; Europa, por el otro. Esa geografía de mi infancia me atrae como un paisaje interior y me abruma como un problema. ¿Por qué esas dos épocas contaron tanto para mí que expulsaron todo lo demás al limbo?

En 1979, mi padre fue enviado a la Universidad de Stanford, al corazón de Silicon Valley, para trabajar en un acelerador de partículas. Vivíamos en Palo Alto, en una casa con jardín, y yo tenía una habitación para mí solo. Los domingos, a las ocho de la mañana, un amigo llamaba a la puerta: «*Can Ivan play*?» La calle era apacible y

soleada. Los edificios de la escuela estaban dispuestos alrededor de un campo deportivo. Fue mi año de primer grado, de las canciones infantiles, los juegos, los talleres de pintura, las celebraciones del cumpleaños de cada alumno (toda la clase se reunía entonces para hacerle preguntas: «¿cuál es tu color favorito?», «¿y tu película favorita?»), de un aula sin sillas que nos liberaba de permanecer sentados todo el día escuchando a la maestra. Por ende, aprendí a leer en inglés, pero eso preocupó a mi madre, que me compró un libro de lectura en francés, *Daniel et Valérie*. Ese período fue tan completamente feliz que borró todo lo que aconteció antes; de hecho, no tengo ningún recuerdo previo a los seis años de edad.

Recién llegados, los fines de semana, para amueblar nuestra casa, frecuentábamos las *garage sales*, ventas de garaje de objetos de segunda mano que se improvisaban en la acera, frente a la casa de los vendedores (por lo general, eran vecinos que se mudaban). Siempre nos encontrábamos con la misma familia de franceses, una pareja con dos hijos, una niña de mi edad y un niño un poco menor que mi hermano. También vivían en Palo Alto, a pocas manzanas de nosotros. Ya la tercera vez que nos vimos, simpatizamos. Así fue como conocimos a quienes iban a convertirse en nuestros compañeros de viaje a lo largo de toda la década de 1980. Los padres se llamaban Michel y Nicole Parent. La hija, Sophie, es hoy lo que se denomina una «amiga de la infancia».

Nada más llegar a Estados Unidos, cada familia se había comprado una autocaravana. La nuestra, de segunda mano, era de color crudo con formas redondeadas. La matrícula, que hoy vive una segunda vida en un estante de mi biblioteca —rectángulo de metal entre rectángulos de papel—, es como la tapa de un libro jamás escrito, en la que un pintor estampó el blasón de mi infancia —números de oro sobre fondo azul, coronados por las palabras «California» y «San Mateo», una pequeña ciudad de la bahía entre San Francisco y Palo Alto—. Sophie y yo jugábamos en inglés. Recuerdo que la mañana de nuestra propia *garage sale* me desperté por la alegría que sentía, envuelto en mis sábanas de Winnie the Pooh.

De regreso a Francia, continuamos viendo a los Parent. Nuestro primer viaje con ellos fue a Córcega, en el verano de 1982, y no me dejó recuerdo alguno. Tenía ocho años y medio. El verano siguiente, en 1983, atravesamos España y Portugal con ellos y los Gualino, unos amigos a quienes los Parent les habían propuesto unirse a nosotros (nuestro grupo estaba compuesto entonces por seis adultos y siete niños, repartidos en tres autocaravanas). Conservo algunas imágenes de Portugal. Estamos en la vieja autocaravana blanca, la que mi padre compró de segunda mano en California. Estamos pescando a orillas de un arroyo, un niño lanza su caña, el anzuelo se clava en mi dedo

meñique. En Córdoba, les monto un escándalo a mis padres porque había recogido un paquete de cigarrillos que me había gustado; para compensar, me compro una bota en miniatura y un zapatito de cuero de tres centímetros de alto. El resto del viaje me lo cuenta mi padre:

> Nos encontramos todos en San Juan de Luz. No recuerdo nada de Bilbao ni de Burgos, pero debimos de pasar por allí. En cambio, sí visitamos Salamanca, de eso estoy seguro (biblioteca antigua, universidad).
>
> De allí, nos dirigimos al oeste, en dirección a Oporto. Antes de llegar, acampamos en el fondo del valle encajonado del Duero. Otra gran autocaravana no había conseguido bajar hasta la orilla del río, como nosotros. Estábamos contentos: el lugar, tapizado de viñedos, era bellísimo.
>
> Después, paramos en Nazaré. Luego, Lisboa, el Algarve, Cádiz, Sevilla, Córdoba, Toledo, Madrid y, por fin, Francia. Creo que fue allí donde asistimos a una carrera de vacas landesas que os divirtió mucho.

En Nazaré, un pequeño puerto sobre el Atlántico al norte de Lisboa, nos quedamos bastante rato en la playa al final del día, cuando se fueron los turistas. Unos bueyes, arreados por los pescadores, arrastran varias redes repletas de peces. Las redes emergen del agua poco a poco, el aire se llena de espuma, el sol resplandece ese alboroto plateado. Locos de alegría, los pescadores lanzan sus gorras al viento.

Al final de las vacaciones, pasamos cerca de Carmona, una pequeña ciudad andaluza rodeada de murallas, a cuarenta kilómetros de Sevilla. Justo en esos días, Francesco Rosi estaba filmando allí *Carmen*, con Julia Migenes, Plácido Domingo y Ruggero Raimondi. De ahí el lamento de mi padre, entre broma y autoflagelación: «Tendríamos que haber parado, os habrían elegido para el coro de los niños.» Como si la levedad de la infancia pudiera ser inmortalizada.

3. ROBINSONADAS

EN 1984, una nueva autocaravana entró en nuestras vidas. Más que una autocaravana propiamente dicha (como esos mastodontes cien por cien confortables, especies de caravanas con motor, ducha y WC a cuestas y la cama que se prolonga por encima del parabrisas), era un gran monovolumen acondicionado. Compacto y maleable, fácil de aparcar en la ciudad, medía unos cuatro metros de largo por dos metros de alto. Para los estadounidenses, era una «casa motorizada» (*motorhome*) y, para los alemanes, un «coche habitable» (*Wohnwagen*). Pero, desde un punto de vista técnico, la palabra que mejor le correspondía era «furgoneta acondicionada», *van* en inglés, *Kombi* en alemán, abreviatura de *Kombinationenwagen*, «vehículo multiuso». Para los obreros de la fábrica de la cual había salido y para el concesionario que nos la había vendido nueva y por estrenar, era una Combi Volkswagen Transporter T3 Joker Westfalia de color beis. Pero para nosotros nunca tuvo otro nombre que «el bus».

Por más que fuera una entidad en sí misma, una casa hecha de una única pieza, el automóvil familiar en su más alto grado de perfección —y esa impresión se veía acentuada por el hecho de que su carrocería jamás recibió el más mínimo rasguño, pues mi padre le dedicaba todos los cuidados posibles—, me veo obligado, para describirla, a dividirla en cuatro partes:

1. El centro de gravedad de la autocaravana, su corazón, por así decirlo, era la parte media del habitáculo, delimitada por la zona de la cocina, el respaldo de los asientos del conductor y el acompañante, la gran puerta corrediza lateral y la banqueta trasera, protegida por un trozo de tela de color caqui con rayas rojas. Era el espacio de los niños. Allí jugábamos y dibujábamos, instalados en la mesa de la cocina, que se giraba delante de la banqueta gracias a un brazo articulado que se bloqueaba mediante un tornillo. Encima de nuestras cabezas, dos espacios de almacenaje —los «agujeros»— permitían amontonar nuestros objetos, cuadernos, hojas, lápices, cómics, juegos de naipes, linternas, dos o tres dispositivos electrónicos. La zona de la cocina, por su parte, estaba equipada con una pequeña nevera, un

diminuto fregadero, una cocina de gas, una campana y algunos cajones, así como con la mesa giratoria sobre la cual podíamos comer en caso de mal tiempo, recostados en la banqueta, o sentados sobre un gran cubo donde se almacenaban las provisiones básicas: pastas, arroz, latas de atún, tomate frito, etcétera. Allí cocinaba mi madre, pero la mayoría de las veces comíamos en el exterior.

2. El puesto de mando, en la parte delantera, era el espacio de mis padres: mi padre conducía; mi madre iba en el asiento del copiloto, leyendo, mirando el paisaje o guiando a mi padre con ayuda de un mapa. Cuando hacía calor durante el trayecto, mi madre apoyaba los pies sobre el tablero y se levantaba la falda a la altura de las rodillas. Enganchado a la manilla de la puerta, entre el parabrisas y el lugar del acompañante, había un manojo de viejos hilos de color. Mi hermano y yo montábamos un escándalo cuando mi padre fingía quitarlo. En el estéreo escuchábamos casetes de Brassens, Renaud y Boris Vian, cintas a las que había que darles la vuelta cada treinta o cuarenta y cinco minutos. En un ángulo del parabrisas estaban las pegatinas hexagonales de color con el año: 84, 85, 86, 87 y así sucesivamente. La palanca de cambios era una larga vara metálica coronada por una bola negra. Como pude percatarme tiempo después, el volante, amplio, ahuecado y desprovisto de dirección asistida, era difícil de manejar. El bus no superaba los 120 kilómetros por hora y, en las pendientes, cualquier vehículo nos adelantaba (como hoy dicen con orgullo las pegatinas exhibidas en la parte trasera de las autocaravanas, «no es un coche lento, sino un hogar rápido»).

3. El maletero también era el espacio de mis padres, ya que allí dormían una vez que desplegaban la banqueta trasera donde jugábamos mi hermano y yo durante el viaje. De día, estaba ocupado por sacos de dormir y recipientes de plástico que había que quitar cuando llegaba la noche. Al fondo del maletero, un ropero a la derecha y una hendidura abierta bajo el techo ofrecían un espacio para guardar las sábanas y los pijamas. Las noches de calor, la puerta trasera permanecía abierta, reemplazada por una simple mosquetera, y mis padres dormían casi a la intemperie.

4. El techo se abría desbloqueando un gran gancho metálico con ambas manos. Al empujar con toda la fuerza una barra horizontal ubicada arriba, el techo se levantaba, desplegaba un fuelle de tela y quedaba suspendido en el aire, sin riesgo de volver a caerse cuando la barra había sido llevada más allá de su punto de equilibrio. La autocaravana estaba entonces «abierta». Desde el exterior, con su techo inclinado a cuarenta y cinco grados, parecía una vocal acentuada. Para subir a la litera había que apoyarse en el fregadero de la cocina, o en el cubo, y alzarse con la fuerza de los brazos. Entre el cielo y la tierra, era el espacio más mágico de la autocaravana, el mío,

aunque tuviera que compartirlo con mi hermano cuando se le quedó pequeña la hamaca atravesada que le instalábamos por encima del volante y el asiento del acompañante, para dormir. Allí arriba, en mi litera, bajo el techo oblicuo, yo era el «amo de toda la mansión», como Robinson en su morada, y ese caparazón me daba una consistencia, como a un invertebrado. No es de extrañar, pues, que la sensación de clausura acrecentara mi placer de existir.

Dormía al fresco, bajo mi saco de dormir abierto como una manta. Tenía el techo encima de mi cuerpo, como la tapa de un sarcófago, y todo a mi alrededor, al alcance de la mano; la tela beis, extendida, con una cremallera a la altura de mi cabeza, dibujaba un vasto semicírculo. Al despertar, cuando abría la cremallera, el aire de la mañana penetraba en el habitáculo, y el azul del cielo, una cala desierta o un claro de eucaliptos se enmarcaban en el semicírculo de tela, y yo experimentaba una alegría imposible de describir, pero que era idéntica a aquella de mi despertar en Palo Alto el día de nuestra venta de garaje, cuando los rayos de sol que atravesaban la ventana titilaban en mis sábanas de Winnie the Pooh. Bajaba de mi litera, iba a bañarme, comía cereales con chocolate, y así empezaba el día. Para cerrar el techo había que aguantar su enorme peso y meter cuidadosamente la tela en el interior, para que no quedara pillada, y cerrar de golpe el gancho, para sellar el habitáculo.

En la autocaravana podían dormir cinco personas, con un niño en la hamaca delantera; pero por el día cabíamos fácilmente nueve (dos adultos delante, tres niños en la banqueta, dos en el cubo y otros dos en el maletero). No obstante, estábamos tan organizados que cada familia vivía en su propio vehículo.

Con los cajones, el ropero equipado con perchas y un espejo, el sistema de calefacción, la luz interior, los dos quemadores, el grifo alimentado por un pequeño tanque y las cortinas caqui atadas con una tira de plástico, la autocaravana parecía todo un hogar. Cuando las cortinas estaban corridas y yo me encontraba allí arriba, en mi litera, entretenido leyendo a Julio Verne o escribiendo mi diario, me sentía abrigado, inaccesible, protegido por la sólida carrocería detrás de la cual se había atrincherado toda mi familia. Me imaginaba, con nuestra autocaravana y algunos utensilios, capaces de mudarnos de la noche a la mañana, de andar para no detenernos más, para no echar raíces nunca; ya que quedarse quieto equivalía a esperar a los invasores y a los torturadores.

Habría que juntar varias palabras en una para expresar la función profundamente polivalente de la autocaravana, el ingenio que había sido necesario para concebirla y acondicionarla, para orquestar todas sus propiedades, lo transportable, lo plegable, lo ordenable, lo

corredizo, lo escamoteable, lo práctico, lo bien hecho. En ese espacio autárquico, no había nada negativo: el hacinamiento era garantía de proximidad, la falta de espacio se convertía en un tesoro de la inventiva. El constructor de la Combi Volkswagen había logrado reproducir una cocina en miniatura equipada con un minifregadero, unos minihornillos, una mininevera, un miniarmario, unos minicajones para unos cubiertos de casita de juguete. Una casa de muñecas conmigo dentro.

De ello se derivaba una extraordinaria sensación de seguridad. No podía pasarnos nada. El frío súbito, una ráfaga de viento, una tempestad intensificaban esa impresión. Recuerdo estar bebiendo una infusión, todos juntos, mientras la lluvia tamborileaba sobre el techo y amenazaba con anegar el camping dónde íbamos a pasar la noche.

Uno quisiera que esos instantes nos pertenecieran en exclusiva a nosotros, que los habíamos vivido y los habíamos elevado al rango de momentos fundacionales, pero herido en mi orgullo leo en el libro de arte ilustrado *L'Espritdu camping* que la tormenta es un episodio trivial para todos los campistas del siglo XX, «un rito de iniciación del niño a la edad adulta». No he sido el primero en experimentar ese sentimiento de estar apretados y protegidos que produce la burbuja itinerante, la casita sobre ruedas, la yunta familiar, pues este ha sido perpetuado a sabiendas por generaciones de ingenieros y diseñadores industriales. En 1903, el bórdeles Jules Secrestar decidió colocarle carrocería a un chasis Panhard-Levassor para fabricar «*La Bourlinguette*»[2] y, en los años cincuenta, Pierre Gouju diseñó un modelo de caravana bautizado «*Ma coquille*».[3] Pero hay algo peor: el temor de haberlo soñado todo, de haberlo fantaseado completamente; y me apena leer en Wikipedia estas líneas bien informadas y, sin embargo, sacrílegas: «Sin airbag, sin cinturones de seguridad traseros y de motor delantero (lo que hace que el conductor y su acompañante estén muy cerca de la parte delantera, y tengan pocas probabilidades de sobrevivir en caso de colisión frontal), la Volkswagen Combi es relativamente peligrosa.»

Los largos trayectos en autocaravana por Francia, hasta alcanzar el puerto desde el que embarcaríamos, o entre dos etapas, por el interior de los países visitados, no me aburrían demasiado porque siempre teníamos algo que hacer. Dibujábamos, leíamos, echábamos partidas de tarot o de Kem,[4] jugábamos con nuestros juegos electrónicos, escuchábamos casetes en el estéreo. No me gustaba sentir que llegaba el fin de las vacaciones, pero adoraba el viaje de vuelta hacia Francia, «nuestro país natal», como escribo curiosamente en mis diarios, hacia París, hacia nuestro apartamento, hacia el cuarto que compartía con mi hermano, hacia el año escolar que estaba a punto de comenzar. Esos trayectos podían durar jornadas enteras, pero me gustaba engullir

los kilómetros, dominar la carretera con sus paisajes desfilando a lo largo del camino y todas sus posibilidades: salidas hacia otras ciudades, otras vidas, otras infancias. Y todavía era mejor de noche, cuando mi hermano y yo teníamos permiso para quedarnos despiertos, y las luces de los autos a nuestro alrededor (puntos rojos delante de la autocaravana, faros amarillos que llegaban en sentido inverso), la iluminación por encima del asfalto, las estaciones de servicio y los centros comerciales engalanaban la noche industrial con una belleza ajena, regueros opalescentes, diademas, carbúnculos, láseres entrecruzados, ríos de diamantes. Con todo eso, yo era el más rico del mundo.

Al partir el continente europeo con nuestra estela, lo unificábamos. Nuestro origen familiar decía Europa del Este, *shtetl*,[5] nieve, bosques profundos; nuestros viajes decían Mediterráneo, sol, luz, tabla de windsurf; pero todo, en la autocaravana, decía Alemania. Volkswagen, el «automóvil del pueblo», y Westfalia, su proveedor de equipos oriundo del estado homónimo, habían producido un hogar móvil, un espacio ideal, un lugar lógico donde todo servía, donde todo tenía su sitio, donde cada centímetro cuadrado estaba utilizado con inteligencia, gracias a la extrema racionalidad de los armarios —y *eso* también era tranquilizador—. El genio alemán para la organización estaba puesto al servicio no del crimen masivo, sino de la vida, la alegría, la intimidad, la integración familiar, y es fácil comprender en qué medida la autocaravana salvó a mi padre, y a nosotros con él.

4. SPOTS

EN NUESTRO vocabulario, el *spot* designaba el punto donde haríamos noche. En inglés, la palabra es bastante neutra y significa un sitio, un rincón, el lugar donde uno está. En su *Viaje con una burra por los montes de Cévennes*, que transcurre en 1878, Stevenson jamás habla de *spot*; es en un *camp* o en un *encampment* donde se come una salchicha y una torta de chocolate, rociadas con coñac, antes de deslizarse en su *sleeping bag*, un saco de dormir impermeable relleno de lana de cordero, con dos solapas que hacían las veces de almohada. Nosotros decíamos *spot*, y la palabra tenía una carga afectiva ligada al olfato, al instinto, a la inventiva que había sido necesaria para detectar el lugar y para alcanzarlo; ya que esos dos momentos eran muy distintos.

Michel Parent, el padre de Sophie, era un descubridor nato, un maestro en *spots* en el que los otros padres confiaban ciegamente. Los identificaba en el mapa y con los prismáticos. Prometía que iba a encontrar un «*spot* de ensueño» y lo encontraba. En Córcega, en el verano de 1982 (la historia me la cuenta Nicole), vio en una postal una playa bajo la sombra de un pinar, en una cala entre el mar y la garriga; en una palabra, un *spot* idílico, si bien no había ningún sendero que permitiera acceder a él. Al observar con atención el mapa de carreteras, halló la playa y una vereda de tierra. Cuando llegamos, resultó ser que el camino estaba lleno de enormes baches. Hubo que mandar a alguien delante de las autocaravanas para guiar a los conductores y ayudarlos a orientar las ruedas. El mismo operativo en Grecia, dos años después: una postal mostraba una laguna bordeada por una franja de arena totalmente virgen. Michel la encontró con los prismáticos. El sitio, protegido por las dunas, era un vivero de tortugas. No había nadie más que nosotros. Pasamos allí dos noches en total autarquía, hasta que se nos agotaron las reservas de agua.

Un *spot* no solo debía ser un bello lugar tranquilo (en una playa, en un claro de bosque, cerca de un sitio antiguo, a orillas de un arroyo), sino que sobre todo debía estar situado fuera de lo conocido, rodeado por la aureola de su originalidad, perfumado por el desafío superado, imbuido del placer de haber sido más listos que los demás. Es más, *spot* y «acampada libre» son para mí sinónimos. Un aparcamiento, un

dique, un paseo marítimo en plena ciudad, un embarcadero podían constituir un *spot*, siempre y cuando nos escondiéramos de los policías locales, y utilizáramos una fuente de agua providencial y los baños de un café.

Nosotros, los niños, nos desesperábamos tras horas y horas de carretera. Tan pronto como se apagaba el motor, abríamos la puerta corrediza y nos dispersábamos. Unas fotos nos muestran en Córcega, al pie de una fachada rocosa, entre las cabras, sobre un rellano cubierto por una hierba rasa quemada por el sol. Sophie y yo, acompañados por nuestros hermanos pequeños, estamos encaramados en una rama, con las autocaravanas como telón de fondo, minúsculas, la de los Parent y la de los Jablonka, la verde y la blanca. Los adultos proceden a la instalación del campamento. Los padres encienden el fuego para la barbacoa, una fogata hecha con ramajes entre las piedras, abren el techo de las autocaravanas, despliegan las mesas y las sillas de tela, antes de determinar la siguiente etapa, o la visita del día siguiente, inclinados sobre el mapa. Las madres, por su parte, preparan la comida o asean a los niños en una palangana, con botellas de plástico llenas de agua, o valiéndose de una ducha solar. La aventura del camping no les ahorran las tareas domésticas.

Cenamos al aire libre, por lo general sentados a la mesa, pero a veces sobre la arena, sobre las rocas o entre las agujas de un pino. Los cubiertos son de plástico, los platos y las tazas, esmaltados, y me peleo con mi hermano para saber quién tendrá el plato, la taza y los cubiertos que hacen juego (más adelante, cada familia tendrá su propio color; el nuestro será el rojo). Los menús están compuestos por verduras frescas, costillitas o sardinas asadas, pasta o arroz, con yogur y frutas de postre. Mi padre friega los platos, grandes vasijas comunes que son la materialización de esa camaradería que tanto le gusta. La basura, una bolsa de plástico de supermercado, cuelga del picaporte de la puerta corrediza.

Los niños comen rápido, antes que los padres. Al levantarnos de la mesa, somos libres. Nadie va tras nosotros. Exceptuando las comidas y la higiene (esta última relativa, pues los baños en el mar son más que suficientes), hacemos lo que queremos. Corremos de aquí para allí, exploramos los alrededores, vamos a la playa, recogemos cortezas de los árboles. Si el relieve se presta para ello, jugamos «al ataque», como explico con entusiasmo en mi diario de Grecia en 1984: un niño se aposta en la cima de una colina, donde solo tiene permitido girar sobre sí mismo, mientras que los demás trepan por todos lados y deben tocarlo sin que los vea. «¡Jugamos hasta las nueve y pico de la noche!»

Pero la acampada libre también reserva algunos incordios. Por ejemplo, hay que alejarse con el rollo de papel higiénico y la palita.

Pero ¿cómo nos las apañamos en la ciudad, por la mañana? Si no hay ningún barucho cerca, hacemos pipí en una palangana, cuyo contenido arrojamos una vez que estamos en la carretera. Una noche, mi padre se dio un tremendo susto al regresar a la autocaravana. En las tinieblas, oye un ruido superagudo; se apresura; el ruido vuelve a comenzar, muy cerca de él; se pone a correr; el chirrido, horrible, lo persigue por doquier, como el cascabel de un demonio. En realidad, se trata de un grillo atrapado en el rollo de papel higiénico…

Luego, nos acostamos. Allí arriba, en mi litera, escribo mi diario a la luz de una linterna. Se apagan las luces, y la semiclaridad de la luna se filtra a través de la tela, que se ve armónicamente atravesada por el susurro de los árboles o por el chapoteo del Mediterráneo.

5. GRECIA 1984

VERANO de 1984. Acabo de terminar quinto grado; el próximo curso, entraré en el liceo Buffon, en la rama «alemán reforzado». Me enteré de la existencia de Orwell al descubrir las pilas de sus libros en la FNAC, cerca de las cajas, y lo primero que pensé fue: «¡Qué idea tan extraña escribir un libro llamado como el año en que se publica!» (en Estados Unidos, la publicidad de lanzamiento de la Macintosh de Apple —una muchacha liberando a un tropel de esclavos hipnotizados por un dictador— decía que ahora íbamos a entender por qué 1984 no sería como *1984*). Mi bitácora de viaje, escrita en un cuaderno escolar y titulada «Grecia», comprende treinta y siete capítulos con sus respectivos títulos.

Mis vacaciones comenzaron con clases de fútbol (era el año del campeonato de Europa, cuando la Francia de Platini le ganó en la final por 2 a 0 a la España de Arconada) y siguieron, a mediados de julio, con una semana en La Bédoule, un campo naturista cerca de Cassis. El 22 de julio de 1984, nos encontramos con los Parent y los Gualino. Nuestro *spot*, en plena naturaleza, estaba jalonado de luces: unos gusanos relucientes, como miles de estrellas desperdigadas por el suelo. Junto a Sophie Parent y David Gualino, secundados por nuestros hermanos pequeños, construimos un «zoológico de luciérnagas». Nos acostamos en nuestra nueva autocaravana, la Combi T3 de color beis, más grande y más moderna que la anterior. Nos quedamos dormidos. Por la mañana, los rayos de sol se filtraban a través de la lona.

Y el viaje había comenzado.

Atravesamos Italia durante todo el día. Al caer la noche, nos embarcamos en el *Ciel de Méditerranée*. Dormimos en un camarote con sábanas blancas. El día siguiente, nos lo pasamos jugando al escondite en el barco, explorando pasillos y salones, los alrededores de las piscinas y las escaleras alfombradas, la cafetería, el salón de juegos electrónicos y máquinas tragaperras; también fabricamos cerbatanas introduciendo un mondadientes en una pajita. Llegamos a Grecia.

Soy sensible a la calidad de los *spots*, evaluada en función de la comodidad y el paisaje, pero sobre todo por el potencial de juegos y la

proximidad con el mar. Como los esquimales, que, según dicen, poseen unos veinte vocablos para designar la nieve y el hielo, yo me refiero a mis baños en el mar utilizando un rico vocabulario *ad hoc*. La jornada siguiente a la visita de Olimpia, corrimos hacia el mar nada más bajar de las autocaravanas «porque el agua estaba requetecaliente» (30 de julio de 1984). Antes de visitar el palacio de Néstor en Pilos, «me di un chapuzón» (1 de agosto). En Skoutari, en el Peloponeso, una de las ciudades más al sur de Europa continental, «me bañé tanto tiempo (tres horas) que, cuando salí del agua, tenía las manos blancas como un vampiro» (7 de agosto). Al día siguiente, otitis. Sin mar, la jornada se vuelve interminable, y me resigno a jugar una partida de Scrabble con mi madre.

Niño Poseidón, yo vivo en el Mediterráneo. Como complemento de los tradicionales placeres, salpicaduras, batallas navales, persecuciones, exploraciones submarinas con gafas y tubo, invento juegos: sumergirse un largo rato y luego subir a la superficie, con la cara al sol, para un «renacimiento»; mantenerse de pie en equilibrio sobre el flotador de la tabla de windsurf de los Parent; saltar desde el barco inflable e imaginarse que hay tiburones; arrojarse puñados de fango recogido en el fondo del agua para librar una «batalla de mierda»; golpear las olas cuando rompen y temer que las siguientes castiguen mi audacia, semejante a la del emperador Jerjes cuando mandó azotar el mar porque el oleaje había descompuesto su puente de barcas. Un día, al final de la tarde, Michel y mi padre salen del agua anunciándole al foro que un buzo que estaba nadando al lado de ellos había detectado un pez de cincuenta centímetros. El animal estaba agazapado bajo una roca, con una flecha de arpón clavada en la mejilla. ¿Cómo sacarlo de allí? Efervescencia entre los presentes. Finalmente, el buzo lo sacó del agujero con cloro. Estoy maravillado, y eso consta en mi diario: «Viscosa y fornida, una enorme morena. Entonces el hombre le cortó la cabeza para quitarle la flecha. ¡Y el pez aún se movía!»

Varias leyendas antiguas describen un mar poblado de monstruos, Escila o Leviatán (y Séneca, por su parte, relata que un amigo del emperador Augusto enviaba a sus esclavos para que fueran devorados por morenas criadas en un estanque). Asimismo, en *Los trabajadores del mar*, de Victor Hugo, Gilliatt debe enfrentarse con un inmenso pulpo. Pero el océano es también recurso, medicina. En el siglo XIX, el mar tenía una función terapéutica. Proust fue enviado a Cabourg no para bañarse en el agua, sino para respirar el aire de mar mientras se paseaba por el dique de «la playa más bella del mundo —como alardeaban los anuncios— a cinco horas de París». Con el auge de los ferrocarriles y la democratización de las actividades recreativas, los baños en el mar se convirtieron en algo más que atractivo: necesario.

Se enseñó a los niños a nadar a braza, se les dejó hacer castillos de arena. A finales del siglo XX, mi júbilo acuático era compartido por un sinnúmero de pares. Que me perdonen que esa banalidad deviniera en mi mitología personal.

El mar alberga una misteriosa fauna, pero la tierra tiene también lo suyo. El 3 de agosto de 1984, después de visitar la ciudadela de Modona, motivo de disputa y de batallas navales entre los venecianos y los otomanos a partir del siglo XV, nos instalamos a pasar la noche en un *spot*, con las tres autocaravanas dispuestas en triángulo.

> Mientras paseaba, ¡me encuentro con un campo de habas! La noticia se propaga y pronto están todos inclinados sobre las vainas, arrancando los frutos. Enseguida decido sacar provecho del asunto. Con David, mi socio, cosechamos cientos de habas. Las birlamos, timamos a todos y fuimos ganando más y más, ¡somos los Rothschild!

Al día siguiente, con David, organizamos un parque de diversiones. Las atracciones, que se pagan con habas contantes y sonantes, consisten en disparar con una lanza dentro de un cesto, luchar conmigo con una caña, lanzar una semilla en una bolsa, adivinar «cuántas monedas tengo en el zueco». Los más pequeños son desplumados.

Como los baños en el mar y los *spots*, la visita a las distintas ruinas eran, ante todo, ocasiones para el juego. Creo que jugábamos todo el tiempo. Nos pasábamos la vida jugando. Y uno de nuestros juegos consistía precisamente en inventar nuevos juegos. Hoy, Grecia evoca en mí imágenes de alta cultura, Homero, la tragedia, el ágora. En aquella época, hijo de una madre profesora de francés-latín-griego (como me agradaba escribir en las fichas que nos hacían completar en el colegio al inicio del curso), sabía que estaba entrando en contacto con una civilización brillante, nutricia, indispensable para la educación de un hombre de bien, y los títulos de mi diario lo prueban: «Olimpia», «Néstor», «Micenas», «La Acrópolis». Pero el interés principal de los sitios históricos eran los fondos de las ánforas, los cascos, los fragmentos pintados, las asas curvas esparcidos por el suelo que yo recogía: tenía un frenesí de Antigüedad que preocupaba poco a los guardianes.

Así pues, visito el sitio de Olimpia con los ojos pegados al suelo, para luego correr, con los otros niños, una carrera de cien metros en el estadio olímpico, largo rectángulo de arena que se extiende al pie de una loma arbolada. Otro día, en un *spot* a doscientos metros de las excavaciones de Mesene (murallas, templos y teatro antiguo con gradas que se desploman entre los ranúnculos), pasamos la tarde

intentando desenterrar un antiguo riachuelo.

Mi madre trata de distraerme de las batallas con pistolas de agua que absorben buena parte de mi energía. El 11 de agosto de 1984, después de mi baño matinal en el mar, se acerca a mí con una propuesta (el diálogo figura tal cual en mi bitácora):

—¿Te gustaría ir a ver un teatro donde representan una obra griega? No vas a entender nada durante dos horas.

—*Sí*, me gustaría ir.

Nos dirigimos al teatro de Epidauro, en el santuario de Asclepio, para asistir a *Los caballeros*, de Aristófanes, en griego moderno. «Al cabo de media hora, me harté un poco de no entender nada, entonces me tendí en las gradas y dormité escuchando la música de la obra.» De regreso, me quedo dormido en la autocaravana. Mis padres me abren la banqueta (es decir, su cama), donde paso la noche.

El espectáculo más estupendo que pude ver ese verano fue la intersección entre una franja de tierra y una franja de mar: el puente que, a treinta metros por encima del vacío, franquea el canal de Corinto para unir el Peloponeso con el Atica. Una calle de agua azul entre dos acantilados ocre, cortada más arriba por una pasarela metálica.

El 16 de agosto, las tres familias se separan. Solo quedamos nosotros cuatro, esto es mis padres, mi hermano y yo. Deambulo por el camping de Belgrado. Husmeando, descubro un ciruelo. «Desconfiado al principio, llamé a papá para que probara los frutos. No se murió: es buena señal.» Recogemos ciruelas con mi hermano.

Minigolf y piscina climatizada en el camping de Zagreb. En Venecia, grano para las palomas de la plaza de San Marcos. Un paseo en góndola. Nuestros padres nos compran animales de cristal de Murano. En Verona, balcón de Romeo y Julieta, luego *Aída* en el anfiteatro: para la representación, fuimos provistos de almohadas, sándwiches y dos latas de Sprite («una para cada uno»).

Tenía una visión muy imprecisa de nuestro recorrido. Recientemente, con motivo de este libro, sentí la necesidad de volver a recorrer en un mapa el rastro de nuestro verano de 1984: travesía Ancona-Patras por el Adriático, vuelta del Peloponeso en el sentido inverso a las agujas del reloj, alto en Corinto y Atenas, regreso por Yugoslavia e Italia.

6. EL MAL HIJO

NO LO he contado todo acerca de Grecia. Es cierto que el episodio no figura en mi diario, y si bien se ha tornado un tanto difuso en mi memoria, el recuerdo físico que guardo de él es muy vivido. Jamás se lo he relatado a nadie, por la vergüenza que me inspira.

Estamos en una estación de servicio. Mi hermano y yo vamos a explorar el pequeño supermercado —mejor dicho, la mísera tienda— situado en frente de los surtidores. Después, nos veo de nuevo en la autocaravana, en el asiento trasero. El tipo de la gasolinera (¿el empleado?, ¿el propietario?; lo cierto es que era un hombre entrado en años, muy moreno, mal afeitado y greñudo) asoma la cabeza por la puerta corrediza lateral. No está furioso, para ser exactos, pero sí protesta, nos denuncia ante mi padre (gesto enérgico con el brazo, quizá nos señale con el dedo). Mi hermano trata de esconder los caramelos, envueltos en un cilindro multicolor, como los Mentos o Life Savers, que yo le había confiado con disimulo. Los desliza por la ranura del asiento (acontecimiento necesariamente anterior a la compra de la funda para proteger la banqueta). Su tentativa fracasa, los caramelos son descubiertos, el de la gasolinera se pone nervioso, mi padre lo entiende todo.

En mi interior se produjo un vacío. Sentimiento que el tiempo dilata, distiende, estira desmesuradamente como una esponja, que deviene a su vez en algo tenue y pastoso, apenas un hilito a punto de quebrarse, dejándome solo en medio de la nada. Angustia, es demasiado tarde, me descubrieron; a mí, junto con mi torpeza y mi deshonestidad. Experiencia de muerte inminente. Algunos minutos de infancia como un suspenso eterno.

Recibí dos o tres bofetadas, potentes, aplicadas con la palma de la mano (mi padre decía «sopapo» o «tortazo»). Debí de llorar, mi hermano también. No recuerdo cuál fue la reacción de mi madre.

No quiero decir que el castigo fuera inmerecido: no me gustaría en absoluto que mis hijas robaran caramelos en una estación de servicio. Todavía hoy mi alma lleva la impronta de la culpa: no solo le robé a un pobre empleado (su hijo seguramente no se iba de vacaciones), sino que también corrompí a mi hermano. Y decepcioné a mi padre.

Es lógico que el castigo fuera inmenso, el tortazo, monumental, tan gigantesco como la Puerta de los Leones bajo la cual pasamos en Micenas. Un bloque de piedra se desprendió encima de mí, pero ese aplastamiento no basta, mi falta es inexpiable.

Nunca volvimos a hablar de ello.

Pese a todo, e inexplicablemente, sigo sintiendo una sensación de injusticia, acaso porque yo hacía mucho por comportarme como mi padre esperaba de mí. Soy un niño bueno y obediente. Escucho lo que me dicen. Estoy contento al contentar a los demás. No me señalo. Mi padre ya ha sufrido bastante. Mi madre espera mucho de mí. Soy presa de la búsqueda de la perfección, que es la enfermedad de los hermanos mayores. Una foto me muestra, sentado sobre el cubo, en chanclas y mordiendo un pimiento, dentro del encuadre de la puerta lateral de la autocaravana. Tengo el cabello corto, debo de tener unos once años. ¿Alguien me podrá explicar por qué esa foto, colmada del crujiente sabor de mi verdura favorita, me inspira un sentimiento de tristeza contenida? Yo era la encarnación del buen hijo, y lo seguí siendo durante décadas.

Puede ser que todos los que cuentan su vida robaron algo. Este sustrajo peras; aquel otro, una cinta. Yo, caramelos.

Ya está, ya confesé. Es la última vez que lo hago.

San Agustín, avergonzado por los desórdenes de su juventud y sus pasiones camales, no cesa de reconocer sus pecados. En sus *Confesiones*, Rousseau admite, *divulga una* falta que supuestamente nos hace sonrojar, el resorte de una escritura de lo íntimo. Excitación provocada por los azotes, calumnia de una sirvienta, pasión por una muchacha ya comprometida con otro, *exposición de mil «vicios», «salidas* de tono», «defectos», «*fallos*» y demás «necedades». Cuanto menos *escondemos, más en* serio hablamos. Cuanto más duele, mejor. La sociedad nos impone pliegues *y máscaras, pero* la escritura permite desnudarse, y, así, Rousseau inventa una forma nueva de literatura. Me encanta ese libro porque es el libro de la infancia y la *felicidad.*

¿Cómo trazar un retrato «fiel» de uno mismo? ¿Cómo mostrarnos «tal como somos»? No resulta fácil decir cosas genuinas sobre uno mismo. Hay tres maneras de pensar en términos autobiográficos:

—la confesión, que consiste en revelar secretos venciendo la propia vergüenza o el propio pudor;

—la vocación, que revela una lógica interna, una dirección, el sentido de una vida;

—el balance, que abarca toda la existencia en un relato completo y retrospectivo.

Tres relatos, pues. El yo-confidencia invita al lector al confesionario de una conciencia. El yo-destino, entregado a los inicios, sostiene que «ya a los cinco años *de edad*», etcétera. El yo-totalidad recapitula el curso de una existencia partiendo desde el final. Ninguna de esas formas me satisface. Primero, porque no soy cristiano; segundo, porque no creo en el destino; por último, porque no tengo ninguna gana de redactar mi propia necrológica.

Propongo otra forma de hablar de uno mismo. Desalojar aquello que, en nosotros, no es nuestro. Entender en qué medida nuestra unicidad es producto de un colectivo, de la historia y de lo social. Pensarse a sí mismo *como los demás*.

Un yo-problema construido bajo la mirada de las ciencias sociales. Encarnado en un texto, el yo deviene en el uso de una primera persona compatible con el método, punto de contacto entre un individuo y el mundo, integración de todos los puntos de vista que él adopta, garantía de una mayor distancia crítica. La revolución del testimonio en el siglo XX ha generado el advenimiento de un ser mixto, que emplea el singular para referirse mejor al plural. Ese «yo», cristalización de un «nosotros», es el protagonista de una autobiografía de la cual me iría difuminando poco a poco para entender quién soy —quiénes somos—. Hombre entre los hombres, silueta entre sus semejantes, más sombra que sol.

No digo que yo sea un ser trivial. No digo que sea un trozo de chatarra sin valor. Simplemente quisiera comprender en qué medida la moneda de plata lleva la impronta de una parte más sólida que ella, género, clase, generación, sociedad, cultura de masas, espíritu de los tiempos. Quisiera saber qué les debe mi singularidad a los demás, la alquimia de las formas y los lugares comunes de los cuales soy el producto. ¿Puede uno convertirse en un sujeto si no es capaz de concebirse también como una rama de árbol o un canto rodado arrojado a la superficie de un lago?

La historia tiene la virtud y el inconveniente de arrebatarnos del presente, de nuestro solipsismo, de nuestra «modernidad», orgullosa soledad de hombres en la proa del tiempo. No solo porque nos enseña que otros hombres vivieron antes que nosotros, y otros hombres antes que ellos, que ya eran su «pasado», y todavía otros antepasados antes de esos ancestros. De manera más desestabilizante, nos hace sentir también que numerosos aspectos de nuestra vida —sentimientos, pensamientos, hábitos, actividades, instituciones, paisajes— tienen tanto orígenes como cimientos, ramificaciones, precedentes tan diversos que en realidad los compartimos con nuestros antecesores, sin jamás haber tenido ninguna primicia de ello. La ilusión de un presente autosuficiente se ve así disipada, y nuestro egocentrismo, abolido para

siempre.

¡No temas, Jean-Jacques! Como tú, siempre tendré mis «singularidades» y mis «rarezas», pero siempre habrán sido filtradas en la dulce arena de la humanidad. Mis vergüenzas siempre serán igual de ardientes, igual de puras mis alegrías, pero se habrán visto enriquecidas por su historicidad, como el agua de un torrente resplandece con el brillo de todas las rocas que antes ha atravesado. Y si mi autocaravana no vale tanto como tus Charmettes,[6] al menos habré aprendido a abarcar mi persona sin jamás condenarme a la soledad.

7. LOS SUEÑOS DE OTROS

LA SEMANA pasada, hojeando las páginas de una revista, me topé con una publicidad de Volkswagen que me encantó y perturbó. Contrariamente a las habituales fotos de marketing, tomadas en un estudio por profesionales y retocadas en el ordenador, esta consistía en un cliché de grano grueso, típico de la foto familiar analógica de los años setenta, y mostraba una Combi T2 celeste con sus faros redondos, sus formas regordetas, su rueda de repuesto delante, una canoa sobre el techo, la puerta corrediza abierta, aparcada en un terraplén cubierto de hierbas chamuscadas por el sol, en medio de las montañas. Por la ventanilla abierta del lado del pasajero, un bebé mira a su madre que va con traje de baño, agachada, ocupada en vaciar un bidón de agua situado encima de ella —está bebiendo o refrescándose, hace calor—. Es— logan: «Más que nuestros autos, vuestras historias.»

Acampada libre, plena naturaleza, sensaciones estivales, infancia. Esa publicidad me habla como un cómplice (parece directamente sacada de nuestro viaje a Córcega de 1982), pero me muestra también que mis recuerdos más preciados están coloreados e invadidos por imágenes y guiones fabricados en serie para un segmento del mercado automotriz internacional. ¿Y si mi edad de oro no fuera más que un plan de comunicación, el genial hallazgo de un equipo de vendedores? De la misma manera que me resulta difícil saber si cuando abría la lona de mi litera allí arriba, para respirar el aire de la mañana, yo era el amo de mi vida o el sueño de mi padre, también es posible que este, al comprar una autocaravana, se haya sometido a la fantasía de terceros, obedeciendo los imperativos del mercado. Si queremos lo que quieren los otros, si desempeñamos el papel que unos desconocidos han diseñado para nosotros, entonces habría que entender de otro modo el anuncio publicitario de Volkswagen: «Más que vuestros autos, nuestras historias.»

¿A quién pertenece mi infancia? ¿Cuál es el punto inicial de la historia de mis veranos? Es obvio que ese relato también ha de englobar la moda de las autocaravanas, la saga colectiva de ese bus que nos parecía tan único, tan irremplazable, tan necesario y

libremente elegido como un amor de juventud.

Alemania Occidental, 1949, fábrica Volkswagen de Wolfsburgo. Un prototipo de furgoneta utilitaria se pone a punto siguiendo el croquis que un importador holandés diseñara tras una visita a la fábrica, donde había ido a comprar Escarabajos. En aquella época, la reforma monetaria, la liberación de precios, el freno al desmantelamiento industrial, las repercusiones del plan Marshall y las inversiones extranjeras están llevando la prosperidad a la joven República Federal de Alemania. Poco a poco, el continente levanta cabeza tras los años de nazismo. Los judíos empleados como trabajadores esclavos por Volkswagen intentan rehacer sus vidas. En Francia, mi padre, con nueve años de edad, vive en un hogar de niños en Raincy y mi madre, con cinco años, crece junto a sus padres y su hermana en un pequeño apartamento cerca de la plaza de la Nation, en París. La producción en serie del utilitario *Kombinationenwagen* comienza tímidamente.

A finales de los años cincuenta, la nueva planta abierta por Volkswagen en Hannover funciona a pleno rendimiento. De ella salen doscientas cincuenta Combis por día, contra las ochenta que se producían en la fábrica histórica de Wolfsburgo: las *camping-box*, en alianza con el proveedor de Westfalia, pero también *pick-ups*, vehículos de transporte, remolques para el personal de la construcción, furgonetas con contenedores, ambulancias, camiones militares y hasta portaescaleras de bomberos. Se sucederán varios modelos de autocaravanas, todos ellos éxitos mundiales: el TI, con su parabrisas dividido en dos; el T2, en 1967, con su parabrisas panorámico, sus luces integradas y un salpicadero modernizado; el T3, en 1979, de morro más cuadrado, equipado con un nuevo chasis, que ofrece un mayor volumen habitable; el T4, en 1990, y más adelante el T5 y el T6.

En 2016, la planta Volkswagen de Hannover celebró su sexagésimo aniversario. Hoy, se producen allí 140.000 vehículos al año, fabricados por 12.000 asalariados repartidos en una superficie de un millón de metros cuadrados. La Combi VW forma parte de las leyendas de la automoción, como el Ford T, el Jeep, el Fiat 500, el Porsche 911, el dos caballos y la DS de Citroen, sin olvidar por supuesto a su hermano menor del mismo fabricante, el Escarabajo, cuyos ejes, formas redondeadas y motor poseía en sus inicios. Nuestra vieja Combi T2 blanca, que conoció California, Córcega y Portugal, es un ejemplar entre 1,8 millones; nuestra Combi T3 beis nueva, que nos llevó a Grecia, Sicilia, Marruecos y a tantos otros países, es una entre 1,2 millones. Nuestras autocaravanas jamás fueron piezas de colección, pero allí donde pierden en originalidad ganan en mito.

La historia de la Combi encaja dentro de aquella, más vasta, del campismo en el siglo XX. A partir de finales de la década de 1850, el

pintor americano oriundo de Alemania Albert Bierstadt viaja por las Rocallosas y el valle de Yosemite. Su lienzo *Las Montañas Rocosas* representa un sublime panorama de cumbres nevadas que dominan una cascada, un lago y una pradera donde acampan unos indios. En 1896, Walter Wilcox publica *Camping in the Canadian Rockies*, relato de una travesía a pie por las montañas de Alberta. En Alemania, es el auge del Wandervogel, movimiento nacionalista de jóvenes «aves migratorias» prendados de la naturaleza y la aventura. El británico 'Thomas Holding, fundador del camping moderno y animador de una asociación de campistas, publica en 1908 su manual *The Campers Handbook*. En la misma época, el «*cali of the wild*», según el título de Jack London, la llamada de las inmensidades aún intactas, se enriquece con los valores del escoutismo: coraje, perseverancia, rectitud, ayuda mutua, confianza en los jóvenes. ¿Qué es la *wilderness*? La naturaleza salvaje con la que uno se mide.

Existe la acampada libre y los campings privados. La caminata por el bosque y el turismo automotriz. Los adeptos de los *tin can tourists*, pequeñas caravanas de acero inoxidable que se asemejan a una lata de conservas, se reúnen por primera vez bajo el sol de Florida en 1919. El aspecto salvaje de la naturaleza ha sido domesticado gracias al toldo y la barbacoa, igual que los americanos habían colonizado los territorios indígenas.

En la Francia de entreguerras, el entusiasmo por el «aire libre», compartido en igual grado por los detractores de la ciudad y los partidarios de la escuela activa, se conjuga con el auge del turismo local (el Touring Club de Francia fue creado en 1890) y la nueva libertad que brindan las vacaciones pagadas. Asimismo, se publica una serie de guías que apuntan a popularizar una práctica aún muy minoritaria, alentando a parejas y familias a descubrir espacios boscosos, montañosos o lacustres: *La Vie au grand air Manuel*

pratique de camping et auto-camping familial (1929), Le Camping pratique pour tous (1937), Manuel de cyclo-camping (1939), sin olvidar la revista mensual Auto-camping club de France, que aparece a finales de la década de 1920.

La vida al aire libre supone itinerancia; el descubrimiento de la naturaleza es desplazamiento. Ahora bien, la bicicleta no basta para satisfacer esa necesidad de movilidad. Paradójicamente, el amor por la naturaleza requiere un motor. El automóvil permite salidas intempestivas, alejamientos locos, despedidas a voluntad; permite también llevar consigo utensilios y equipamiento. Pero ¿el camping acaso no exige la rusticidad y un modo de vida espartano, en contra del refinamiento de una comodidad entendida como decadente? El autocampista responde adoptando un ideal de simpleza, y el punto fuerte de la autocaravana será justamente conciliar independencia,

ingenio práctico y vida salvaje. La ilusión de un automóvil «natural».

De ahí esos primeros *motorhomes* y *house cars* con apodos evocadores: «*TouringLandau»,*[7] *«Motor Bungalo», «Carling-Home», «Roulotte-Remorque»*[8] *y «Pigeon Vole».*[9] En 1939, en Francia había tan solo unas cien caravanas y, en Estados Unidos, en la 19.ª Convención Mundial de Tin Can Tourists reunida en Tampa, Florida, el número se elevaba a 645. Habrá que esperar hasta el final de la Segunda Guerra Mundial para que la era del automóvil, rey de las actividades recreativas, la producción y el consumo masivo, inaugure los verdaderos comienzos del *caravaning*.

Pero ¿por qué tendríamos que detenernos solo en la historia reciente? Los orígenes de nuestra autocaravana pueden ser rastreados en las más diversas formas de viviendas móviles, casitas sobre ruedas tiradas por caballos o bueyes, carretas de pioneros americanos que van a probar suerte al Oeste, plataformas de los trenes de mercaderías donde suben clandestinamente Jack London y sus amigos *hobos*, trineos tirados por huskies a través de los bosques del extremo norte, tipis de los shoshones y los lakotas, jaimas de la *zmala* árabe que acompañan al jefe de clan donde sea que vaya, convoyes de mercaderes y de viajeros que atraviesan el desierto a lomo de camello en una formación que en persa se denomina *karwan*, marchas bíblicas; todo un pueblo de hombres, mujeres y niños empujados a la carretera por la necesidad de los tiempos, no tanto exiliados como desarraigados voluntarios, agrimensores del mundo, piedras que ruedan para acumular musgo.

Hay un espíritu de la acampada que no puedo enunciar sino mediante expresiones vagas que me electrizan: «avanzar a paso firme», «*hit the road*». La música lo dice aún mejor que las palabras, y, por eso, la banda sonora de nuestros años de autocaravana era *Carmen*, y en particular la melodía del segundo acto, donde la gitana trata de arrastrar al razonable don José:

> El cielo abierto, la vida errante,
> por país, el universo,
> por ley, tu voluntad
> y, sobre todo,
> el deleite más embriagador:
> ¡la libertad, la libertad!

8. SICILIA 1985

EN MI diario, escrito con rotuladores amarillo, violeta, rojo o verde manzana, se leen muchos «me estoy aburriendo», visitas «malísimas», padres que son unos «estúpidos totales» porque nos prohíben tirar petardos en la playa. Parece que estoy irritado, descontento, mal conmigo mismo, pero también me entusiasmo frente a una pizza de cuatro quesos o en una playa con olas enormes. En las fotos, aparezco flacucho, se distinguen mis costillas y, cuando estoy de espaldas, mis omóplatos. Mi pelo, negro azabache, está demasiado largo, peinado con raya en el medio. Me paso el día entero en pantalones de deporte o en bañador, incluso en la ciudad. Llevo una pulsera de plata, una cadena de oro y gafas de sol. Mis zapatillas Stan Smith están impecablemente blancas, y mi ropa es ridícula: una camiseta que imita un esmoquin de camarero con un clavel, una camisa impresa con fotos de películas en blanco y negro. Tengo once años y medio, estoy terminando sexto grado.

El barco nos lleva de Génova a Palermo. Luego damos toda la vuelta a Sicilia: Cefalú, Taormina, Siracusa, Noto, Agrigento, Monreale y regreso a Palermo, donde volvemos a embarcar. Mi pandilla está compuesta por Sophie, David y Mariane, la hija de una amiga de mi madre que pasa sus vacaciones con nosotros. Inventamos una canción cuya torpe letra tengo el placer de reproducir aquí:

> ¡Qué cosa seria!
> A orillas del Ambitch
> me comía un sándwich
> y unos ananás
> en el canal de Panamá.

El 2 de abril de 1985 (el único viaje que hicimos durante las vacaciones de Semana Santa), deambulamos observando a los pescadores. El 7 de abril, domingo de Pascua, Mariane *y yo* vamos a buscar pan a Taormina, «pero ese pueblucho minúsculo no tenía ni una panadería abierta». El 9 de abril, con David, intentamos cazar lagartijas. En Noto, visita a una mansión del siglo XVIII, «malísima y muriéndonos de calor: 30º».

Mis juegos son violentos. Giran en torno a la sangre, las heridas y la muerte. Visita a las catacumbas de Palermo, donde descansan unos adinerados muertos embalsamados. Comentario: «¡Estuvo genial! Pero daba un miedo…» Asistimos a una procesión de penitentes con música, flores e imágenes que representaban a Jesús en su ascenso al Calvario —flagelación, corona de espinas, agotamiento, crucifixión, clavos en la carne y sangre chorreando—. Con David, cortamos juncos. Paseando, «encontramos un árbol de mondadientes: un arbusto lleno de espinas, no muy grandes, pero horriblemente puntiagudas». Siempre con David, vamos a dar una vuelta por la ciudad desde nuestro *spot* de Cefalú, donde las autocaravanas están estacionadas en fila india en el paseo marítimo. Al regresar por la playa, encontramos cuatro jeringuillas con agujas; clavamos las agujas en la arena y lavamos las jeringuillas con agua de mar. Les declaramos la guerra a las chicas y las rociamos con agua. Por la noche, un siciliano le comenta a nuestros padres que la cabaña cerca de la cual habíamos previsto dormir es una guarida de traficantes, y tendremos que replegarnos hacia otro *spot*, al final del malecón.

En ese diario barroco flota una atmósfera de malestar, un sentimiento de descomposición. Mi atracción por las esquirlas de ánforas, los trozos de jarrón, las cañas cortadas en punta, las jeringuillas y las espinas revela menos un deseo de muerte que una necesidad de hacer visibles ciertas heridas interiores, ya que es mucho más tranquilizador tener ante los ojos el objeto con el que uno se ha cortado por distracción que languidecer en la ignorancia del mal que nos atormenta.

Mi diario y mi memoria no concuerdan del todo, porque he conservado un buen recuerdo de Sicilia, El domingo de Pascua de 1985, partimos a hacer una excursión al Etna. El volcán aún está activo, su última erupción fue dos años antes. Al día siguiente, sin los Parent ni los Gualino, que ya han visto suficiente, regresamos al Etna para subir aún más alto que el día anterior. Vemos lava derramada a escasos metros de nosotros, recogemos azufre. Una montaña fascinante, con acumulamientos de piedra pómez, montones de guijarros, rocas de una tonelada expulsadas del cráter, nieves eternas que contrastan con las laderas negruzcas. En los lados de ese gran cono oscuro, el espectáculo de las brechas de lava hirviente torciéndose sobre sí misma, burbujeando de rabia fluorescente, fisuras de fuego líquido donde yo hubiera podido desaparecer, me salvó de los chapoteos de esa isla donde estaba girando en círculos como si estuviera dentro de un corral.

El ascenso del Etna sigue siendo una de las cumbres de mi infancia, mi prodigioso Gólgota, y el azufre aquí no es lo que quema, sino lo que sana, lo que viene a aliviar los sofocos, las asmas de la infancia.

Durante el viaje de vuelta, en el barco, el viento del mar barrió la sensación de podredumbre, limpió mis supuraciones. El 12 de abril de 1985, embarcamos desde Palermo. En lugar de estacionarlas en la bodega, las autocaravanas se estiban en la cubierta. Se desata una tempestad, la cresta de las olas es blanca y los cúmulos de agua se desmoronan sobre las autocaravanas, sacudidas por un viento de fuerza ocho. En la cubierta, con Sophie, jugamos a que nos lleva el temporal. «Si intentábamos correr con el viento, íbamos dos veces más rápido que lo normal, pero si corríamos contra él, ¡avanzábamos tan lento como cuando caminábamos!» Y como las olas continúan rompiendo sobre las autocaravanas, se nos prohíbe pasar allí la noche.

Ese año, en noviembre, una niña colombiana llamada Omayra Sánchez murió ante los ojos del mundo entero. Tras la erupción de un volcán, la nieve de la cima se derritió bajo el efecto del calor, y unas monstruosas avalanchas de barro arremetieron sobre su aldea, causando miles de víctimas. Omayra, con las piernas inmovilizadas bajo los escombros de su casa, sobrevivió en el agua durante tres noches. En Francia, su agonía ocupó la portada de *Paris Match*. Recuerdo sus ojos agotados, sus pendientes, sus manos blancas aferradas a una tabla. Su cabecita emergía de un caos de barro y ruinas. Había nacido en 1972, justo un año antes que yo, que acababa de pasar a séptimo grado.

9. MODELOS PATERNOS

COMO éramos tres familias, había tres figuras paternas. Jacques Gualino, el padre de mi amigo David, era un hombre inteligente, simpático, dulce, muy papá oso, pero, a decir verdad, no guardo de él un recuerdo muy nítido.

Michel Parent, el padre de Sophie, era el jefe del grupo. Lo que hacía de él el líder de las tres autocaravanas era su buen humor y su intrepidez, así como la riqueza de su experiencia y el tino de sus intuiciones. Practicaba windsurf como un campeón olímpico. Subía al techo de su autocaravana para encontrar los *spots* con sus prismáticos. Siempre tenía artilugios de campista aguerrido, por ejemplo una ducha de dos litros de agua en un plástico negro que se calentaba con el sol. Atizaba el fuego con un fuelle a pedal que servía para inflar nuestros flotadores. Vigilaba las parrilladas, las brochetas, las costillitas, las sardinas.

Cómodo en tierra y en mar, era el amo de la barbacoa, el domador del viento, el rey de las habilidades.

Cuando rememoro la imagen de Michel, veo a un hombre risueño y atlético, con brazos, piernas y pecho muy velludos —su hijo, que debía de tener unos cinco años, lloró de sorpresa cuando su padre apareció una mañana, en Grecia, después de haberse afeitado la barba que llevaba desde hacía años—. Recuerdo a Michel que estalla de risa y a su hijo en pleno llanto, entrañable y bebé a la vez.

El término «viril» no entraba en mi vocabulario (y menos aún porque las vacaciones en autocaravana, como el naturismo, jamás se prestaron a la más mínima sexualización, por no decir sexualidad), pero es seguro que la manera en que Michel asumía su rol a mis ojos remite a la imagen que yo tenía de mi propio padre, más espiritual, más fantasioso, más teatral en su humor, pero también menos sólido, de humor más irregular, desprovisto de esa autoridad natural y de ese optimismo capaces de unir un grupo. Incluso cuando estaba enojado, mi padre seguía siendo el padre ideal; pero Michel encarnaba otra masculinidad, la del hombre fuerte, con quien una compartiría una aventura con suma confianza. Su seguridad de jefe de pandilla jovial, que se adivinaba nada más verlo, me hacía presentir el

desmoronamiento interior de mi padre, disimulado por su genio cómico. No sé si las risas de Michel significaban algo, pero el carisma de mi padre era el reverso de su sufrimiento.

Esas dos figuras paternas marcaron mi infancia y, como Michel y mi padre tuvieron un papel determinante en la compra de nuestras autocaravanas, se puede decir que sus historias personales impregnaron mis veranos, estructurando mi experiencia del camping como tantas otras «tradiciones».

Los Parent aportaban a nuestras vacaciones el toque californiano: la sonrisa, el relax, la cultura del deporte, el espíritu «*Surfin USA*» que te alienta a pasarte la vida en la playa, no para quedarte tomando el sol recostado sobre una toalla, sino para nadar, gastar energía, medirte con las olas al máximo —y nuestro Mediterráneo se convertía en el Pacífico—. Por lo demás, la cultura californiana va mucho más allá de los clichés asociados a los Beach Boys. Abarca la contracultura hippie y el Flower Power, cuyos colores intensos enarbolaron miles de Combis. Inventó la microinformática, el *mouse* e Internet, instrumentos tanto del individualismo como de la interconexión. Con los parques nacionales de Joshua Tree, Kings Canyon, Lassen, Redwood y Yosemite, California es también sensación de naturaleza, sobrecogimiento ante su belleza, respeto por sus lagos, prados, dunas, granitos, bosques, cascadas, volcanes que sobrevivirán a nosotros. En los *spots*, las tres autocaravanas, aparcadas en triángulo con el fuego de la barbacoa en el centro, formaban un campamento de indios, una pequeña comunidad de pioneros que se protegían mutuamente.

Antes de escribir este libro, almorcé con Michel y Nicole. Su hijo es ahora monitor de *kitesurf*; Sophie ejerce como abogada en Inglaterra. Hoy son ya abuelos, y recuerdan para mí sus años de joven pareja:

> Asistimos a un concierto de Joan Báez en Berkeley, en 1979. Había cierto ambiente, pero menos que a finales de los años sesenta, cuando vivimos en Estados Unidos por primera vez. Viajamos por California y América Central, así que ya estábamos acostumbrados a acampar. Durante nuestras vacaciones en autocaravana con vosotros, en la década de 1980, Nicole tocaba la guitarra. Las faldas de las mamas eran amplias, con vuelo, estampadas o floreadas.

El movimiento hippie en Estados Unidos y las protestas de Mayo del 68 en Francia influyeron también en la manera de hacer turismo. La primera *Guide du routard*[10] se publicó en 1973, y tres años después, con aires de Goa y Katmandú, dos jóvenes fundaron Terres d'Aventure, una agencia que organiza viajes con excursiones donde uno puede involucrarse física e intelectualmente, empapándose, a su

vez, de las culturas locales.

Nuestras peregrinaciones las organizábamos nosotros, pero correspondían a los criterios del «turismo de aventura»: preferencia por los espacios vírgenes, ética del esfuerzo y la incomodidad, riesgos, sin repetición de los destinos. Ese nuevo concepto de viaje, antídoto contra la masificación, introduce en la economía del turismo los valores que brotan de las primaveras de 1968: rechazo de las convenciones burguesas, realización personal, redescubrimiento del cuerpo y de la naturaleza (y esto también explica que hayamos practicado con asiduidad el naturismo). Cuando sucedieron los disturbios en el bulevar de Saint Michel mis padres, que tenían veinticuatro y veintiocho años de edad, ya trabajaban; pero no por ello dejo de ser un bebé del pos Mayo francés.

Mis padres no nacieron en una cuna de oro, pero, cuando entraban en la vida adulta, Francia se había convertido en una sociedad de la abundancia. Ella era profesora titular, el ingeniero de investigación, pudieron adquirir un apartamento, muebles, electrodomésticos, un coche, y, en esa sociedad, en ese apartamento, nací yo en 1973, año en que la crisis del petróleo puso en jaque el crecimiento económico por primera vez. Las vacaciones que nuestros padres estaban en condiciones de regalarnos tenían que ver con algo que iba más allá de la comodidad. Mis abuelos maternos o los tutores de mi *padre jamás «se tomaron* unas vacaciones» en el sentido que hoy le damos a esa expresión, mientras que nosotros nos íbamos en invierno a esquiar y en verano al extranjero. Nuestra felicidad no dependía de las compras (teníamos de todo en casa), sino de nuestra toma de distancia respecto de la sociedad de consumo. Los bienes no tenían atractivo, puesto que ya los poseíamos. La simplicidad se había convertido en nuestro lujo. En ese sentido, la autocaravana era posindustrial.

Pero nuestra chocita itinerante también reflejaba una utopía preindustrial, tanto por su modo de vida como por su aspiración política: la independencia. Como el campesino en su parcela y el artesano en su taller, vivíamos en nuestra minúscula propiedad. Allí estábamos emancipados de toda voluntad exterior, éramos amos y señores de nosotros mismos. Ser libre es vivir sin la ayuda de un tercero, dice Locke, y ese retrato del pequeño agricultor independiente desemboca en una teoría de la democracia. Era precisamente esa linde la que nos permitía ver desfilar las estelas de las vías romanas que decoraban con estrellas el continente europeo.

Hijos de la guerra, mis padres nos subían a la carreta del exilio, a la gran caravana de la historia. El orden de las sillas plegables, el cierre opaco del techo, el silbido de la puerta corrediza, el ruido del motor eran semejantes a esas letanías que se recitan en la Biblia: «Recuerda que tú también fuiste extranjero.» Desde luego que nuestra

migración era un deseo de vida errante, una precariedad voluntaria, pero eso demuestra, precisamente, que la autocaravana era un

legado que llevaba en él la convicción de que uno no tiene punto fijo, mejor dicho, que nuestro único anclaje es un hogar sobre ruedas. Nuestra Tierra Prometida es la carreta que nos conducirá hasta allí. Fieles a la autocaravana, que a su vez era una fidelidad al judaísmo, mis padres jamás tuvieron una segunda residencia. Ni en Francia ni en los países que atravesábamos éramos «gente de aquí». Siempre veníamos de otra parte, del otro lado de la frontera.

Para mi padre, esa tradición se prolongó en los hogares judíos comunistas de la Comisión Central de la Infancia (CCE), esas casas que cambiaban todos los años, con las chicas en un lado y los muchachos en otro. Al finalizar la estancia en los hogares, cuando la gran hermandad se disolvía y cada uno se iba a encarar su vida como podía, mi padre se puso a practicar alpinismo, y ese capítulo de su juventud me recuerda a aquel que lleva como título «Carne de oso», del libro *El sistema periódico*, de Primo Levi. Hacia 1942, el autor sigue a uno de sus camaradas apasionados del alpinismo, pero la excursión se transforma en una experiencia al límite: los dos muchachos deben pasar la noche en las altitudes, en medio del frío, aferrados a un trozo de roca, con una hoja de lechuga como único alimento.

> Eso es la carne de oso, y ahora que han pasado tantos años, lamento haber comido tan poca, ya que, de todo lo que la vida me ha dado de bueno, nada ha tenido, ni de lejos, el sabor de esa carne, ese que uno experimenta al sentirse fuerte y libre, libre hasta de equivocarse, y amo del propio destino.[11]

Son los años previos a Auschwitz. Ese mismo año, en 1942, en su libro *Plein air et camping*, Jean Hureau (que después de la guerra será redactor jefe de *Camping-voyages*) denuncia en términos bien propios del régimen de Vichy a la «generación de entreguerras, epicúrea, egoísta», para oponerla a la «generación que asciende», la juventud del aire libre, que regresa de sus escapadas saneada y fortificada.

A finales de la década de 1950, mientras los hogares de la CCE cerraban uno tras otro, las cumbres de los Alpes, el pico Coolidge en el macizo de Ecrins, los ventisqueros, las lenguas de nieve dura, la Maladeta y el pico del Aneto en los Pirineos no «adiestraron» a mi padre; lo obligaron a sopesar sus fuerzas después de las pruebas de su infancia y a juntar nuevas fuerzas para las pruebas que aún le quedaban por afrontar, en particular, la soledad. Asimismo, el camping que nosotros practicábamos no era la modernización del «retorno a la tierra» al mejor estilo del siglo XIX o del mariscal Pétain, sino la persecución de los ideales emancipadores del Frente Popular y

del *ajisme*, el movimiento de los Albergues de la Juventud surgido en los años treinta.

Los Jablonka, los Parent: familias acomodadas, protegidas por el estado del bienestar, bendecidas por los Treinta Gloriosos. Nosotros vivíamos en París; ellos en Versalles. El encuentro había tenido lugar en Silicon Valley, crisol de los nuevos experimentos. Mi padre era ingeniero en física de partículas, un campo que durante mucho tiempo me resultó incomprensible; Michel diseñaba robots inteligentes y automóviles sin conductor. Dos científicos un tanto misteriosos, ocupados en construir objetos adelantados a sus épocas. Esos papas, presentes en la vida cotidiana, inventaban el futuro en sus centros de investigación.

No creo haber tenido otros modelos paternos. Mitterrand no era más que un viejo papanatas en la tele, y de Reagan hasta ignoraba el nombre. La docencia no tenía que ver con la rama paterna, sino materna: francés-latín-griego. Solo veía soldados en el cine o en el desfile del 14 de julio. Jo Cavalier, el boxeador de *As de ases* que salva a un niño judío en la Alemania hitleriana, era un personaje de ficción. La Guerra Fría, si es que esa expresión tuvo algún sentido para mí, se resumía en un combate entre John McEnroe, el títere de las excentricidades desopilantes, e Ivan Lendl, el autómata sin expresión, bloqueado al fondo de la cancha, que de todos modos me resultaba cercano porque llevaba el mismo nombre que yo.

Michel o el pionero americano; mi padre o el huérfano askenazi. De un lado, el buen humor, la alegría a prueba de bomba, la audacia, el cabello al viento. Del otro, la comicidad, el humor irreverente, la negación a instalarse, a apegarse a un lugar, la necesidad de estar siempre en la búsqueda, revolviéndose como un perro loco, inasimilable, pues de lo contrario uno acaba estancándose, y todo el tiempo, por encima de cualquier cosa, la vida en colectividad, los ejercicios *físicos, el* compartir, el fervor de los movimientos juveniles, lo mejor que aportó el comunismo al siglo XX.

Mi libertad de niño nació de la pluralidad de esos universos, de su inesperada confrontación, productora de riquezas *y de* sorpresas. No éramos ni residentes, ni habitantes del terruño, ni visitantes, ni turistas, sino más bien viajeros, aves de paso. Y nuestra autocaravana no era ni una camioneta imposible de maniobrar, ni una caravana remolcada por un coche, ni una aventura salvaje de motoristas, ni el coche-escoba de una excursión mochilera. Era algo indefinible, una suerte de desfase permanente.

10. LOS PAÍSES QUE NO EXISTEN

HOY, en mi antigua habitación devenida en «cuarto de invitados», donde mis hijas duermen cuando van de vacaciones a casa de mis padres, sigue el escritorio donde escribí decenas de ensayos a lo largo de mis estudios. En mi ausencia, las niñas tienen permiso para mirar los tesoros que allí conservo: mi pulsera de plata toda empañada, mi cadenita de oro, mis estrellas de esquí, una Montblanc que recibí cuando obtuve mi título de bachiller, un saltamontes de metal utilizado por los soldados americanos para identificarse entre sí durante el desembarco de Normandía, una estatuilla de terracota en cuyo dorso grabé «ENS God», fetiche que debía ayudarme a aprobar el ingreso en la Escuela Normal Superior. También se alojan allí la mayoría de las baratijas que traje de nuestros viajes en autocaravana:

—una bota y un zapato de cuero en miniatura (1983);

—una cajita negra con flores y pájaros de oro incrustados, comprada en una tienda de Toledo (1983), con unas minúsculas piedras semipreciosas dentro;

—un cristal tallado en forma de poliedro, en el que la luz se difracta (1984);

—un platillo de cobre, descubierto en un zoco marroquí, que puede servir de recipiente para vaciar el contenido de un bolsillo, o de cenicero (1986);

—una colección de frascos llenos de arena proveniente de diversas playas italianas y turcas (1987- 1988);

—tres caramelos de vidrio comprados en el puente de Rialto, en Venecia: uno abombado y turquesa con estrías amarillas; otro, burdeos paralelepípedo; el último, blanco con filamentos rojos. Las extremidades de cada uno de ellos imitan las arrugas propias del envoltorio (1988), y están dispuestos sobre un platillo en forma de hoja de árbol que pinté, obviamente de color verde, en un taller de cerámica durante mi año en California (1979-1980).

Mis hijas observan con interés esos recuerdos de mi infancia, ese material que pervive desde entonces, pruebas insignificantes de que

fui niño como ellas. Y no me cuesta creer que esa verdad tenga algo de fascinante, hoy que mi cabello es de color ceniza.

Eran veranos de lectura: *Placid et Muzo* en edición de bolsillo, *El tío Gilito, Les Dingodossiers, Gai Luron*[12] los «libros en los que tú eres el protagonista» (una colección de novelas de fantasía épica que le dejan al lector la elección de las acciones, por medio de un sistema de numeración de los capítulos y de sorteo mediante dados, lo cual se convierte en una trama única cada vez), pero también *J'avais deux camarades,*[13] Victor Hugo, Julio Verne y, más tarde, en plena adolescencia, *Frankenstein* y *Viaje al fin de la noche*, que interrumpí en la página cien, después del relato de la Gran Guerra. Revelación de *El hombre que ríe*: el protagonista, con las mejillas destrozadas, sonríe debido a su herida, no a pesar de ella. En mi diario de Turquía, en 1988, anoto: «Mis padres visitaron unas ruinas comunes y corrientes por ahí. Mientras tanto, yo me quedé leyendo» (me refiero a *Los miserables)*.

Las novelas de aventuras de finales del siglo XIX ya ilusionaban a los chicos de ciudad, arrastrados a dar vueltas al mundo y a cazar en África. Como ellos, pero cien años más tarde, yo era el consumidor de mis viajes; el pasajero, no el mandamás. Y es cierto que lo desconocido me ofrecía, con menos peripecias, más realidad. Era como un libro de Julio Verne, pero de verdad. Estaba un poco celoso de mi hermano porque leía más rápido que yo y devoraba muchos más libros. Hoy mi hermano es guionista, escribe series de televisión geniales donde expresa su talento, pero asimismo, estoy seguro, las reminiscencias de *La isla misteriosa* y de *Los trabajadores del mar*, que leímos y comentamos con pasión.

Inventamos palabras. Exhalamos «Michtug» con pesadez cuando nos apoltronamos en una silla. Eructamos «Brooo» como los personajes de Gotlib. Gritamos «¡Chang!» fingiendo despertarnos de una pesadilla, como Tintín antes de partir al Tíbet. «Muglitar» era aburrirse porque allí dentro gemimos «Mugli» cuando nuestros padres siguen sin dar con la dirección correcta después de haberse equivocado tres veces. También nos da por bramar «¡Hambrunaaa!» desde nuestro asiento trasero, para dejar claro en nombre propio que clamamos tener hambre.

Si no comemos caramelos, es porque hay cosas mucho mejores: frutas más dulces y olorosas que un chicle globo. Nos saturamos de fruta, comprada por cajas en las ferias de las ciudades o en puestos de carretera. Nos deleitamos con su sedosa piel, su carne dorada, su fragancia a árbol y estío, su consistencia tierna o crujiente —porque una fruta poco madura también es deliciosa—. En pocos minutos, cada uno es capaz de bajarse un kilo de melocotones, nectarinas, ciruelas o albaricoques, lo que crea *tensiones con los otros padres, pues esas* frutas

se han comprado con *el* dinero *de todos. Romain* Gary, cónsul *de Francia*, y gran viajero ante *el Eterno, había aprendido a «comerse el paisaje» en* Big Sur, California, o frente a la bahía de Río de Janeiro, mordisqueando unos grandes pepinillos con sal. Yo, para incorporarme a las ruinas de Pompeya o a la interminable carretera por la *ladera de la* montaña, en *el Alto* Atlas, devoraba melocotones. Asimilaba el jugoso sol.

Durante los trayectos, activamos nuestros juegos electrónicos, aparatos plegables con cristales líquidos con los cuales jugamos horas y horas, magnetizados por la pantalla y los sonidos chillones que se escapan de ella. El mío, de color naranja y marca Nintendo, se llama *Donkey Kong*: Mario debe ir subiendo por una pasarela, evitar los toneles que le van cayendo, trepar una escalera, tomar impulso y arrojarse al vacío para atrapar un garfio (todavía siento en el pulgar izquierdo el enérgico movimiento que había que hacer con el botón en forma de cruz, presionando en paralelo el pulgar derecho sobre el botón negro, para que Mario se colgara del garfio y salvara —creo— a su novia raptada por un gorila). El de mi hermano, blanco como la nieve, se llama *'Western Bar* y pone en escena a un pistolero en un *saloon* (mi récord personal se eleva a 35.000 puntos). En casa, durante el curso, jugábamos a *Space Invaders* y a *Joust* en una consola Atari que hoy merece un lugar en los museos.

Además de eso, dibujamos. Creamos historietas, instalados en la mesa de la zona de la cocina, que giramos para tenerla delante de nosotros. Cuadernos y rotuladores salen de los «agujeros», y nuestros cómics ponen en escena las aventuras de Pepín (el protagonista, una suerte de Pac-Man sin cuerpo, representado de perfil con un rostro en forma de queso al que le falta un trozo) y Boby (su amigo, un cerdo con el hocico cuadrado), que se enfrentan a Dragón Verde (el malo, cerebro motor de oscuros designios) y Robot Dragón Verde (el alma réproba del malo). Historias rocambolescas y maquiavélicas de ladrones, venenos, saltos en paracaídas y bombas a punto de estallar.

Durante horas, con una meticulosidad y un abandono que retrospectivamente admiro, trazamos mapas de países que no existen, con todo el simbolismo asociado: litorales y fronteras en negro, mares y ríos en azul, macizos montañosos en marrón, bosques en verde, carreteras en amarillo o en rojo. Costas irregulares, penínsulas, puertos, autopistas. No representamos la escala, pero nombramos todo aquello que puede ser nombrado: Gérébax (la capital), Syranol (un río), etcétera. Esas comarcas, que jamás se declaran la guerra ni se anexionan, magnifican aquellas que visitamos en la vida real con nuestros padres y, a veces, nos salvan de alguna visita a la cual quieren forzarnos. Viajes simultáneos, megaaventuras que nos acompañan, de noche, cuando regresamos a Francia por la autopista

del Sol.

Mis rotuladores y mis cuadernos han desaparecido, *así como* los «agujeros» encima de nuestras cabezas. No sobrevivió ni uno solo de esos mapas. Lo único que subsiste es el placer que sentí al inventarlos, como si mi infancia se hubiera convertido, ella también, en un país que no existe.

A esas superficies imaginarias y a esas criaturas con altibajos quisiera asociar los animales, esta vez reales, que conocimos en la tierra, en el aire o en el agua. Las luciérnagas, la morena de Grecia, las tortugas que desenterramos entre los juncos y a las que bautizamos *Giscard, Mitterrand* y *Valerte*, las palomas de la plaza de San Marcos alimentadas con grano, una víbora muerta entre las piedras que vimos al regresar de un paseo, las serpientes vivas de la plaza Jemaa el-Fna en Marrakech, que los adiestradores apoyaban sobre nuestros hombros, los cangrejos pescados en un torrente, los asnos, los camaleones y las nubes de mosquitos componen el bestiario encantado de mi infancia. Siento cariño por todos ellos, y fueron mucho más importantes para mí que el conejillo de Indias que vivía enjaulado en nuestro cuarto de París.

11. MARRUECOS 1986

ESE VIAJE lo hicimos solo con los Gualino porque la autocaravana de los Parent se estropeó justo antes de la partida. Mi padre me vuelve a delinear nuestro periplo:

> Nos embarcamos en Sete. Tánger, Tetuán (donde jugasteis al fútbol con Mohamed, que al día siguiente nos llevó a un restaurante y lo invitamos a comer), Mequinez, Fez, Ifrán (paseamos por la montaña guiados por un marroquí, pescamos cangrejos de río que luego nos cocinaron). Acampamos en un sitio llamado «*Source bleue*», ida y vuelta a Erfud, Tinerhir (oasis de lujo donde uno puede dar una vuelta en lomo de un burro), garganta del Dadés, Uarzazat, Marrakech, Esauira, Safí, El-Jadida (de esto no estoy seguro), Rabat, Casablanca, Larache o, mejor dicho, Arcila, Tánger.

A falta de diario, son las fotos las que me recuerdan los paisajes, los *spots*, los momentos. En una de ellas aparecemos David, su hermano pequeño y yo, sentados en unas sillas plegables a la sombra de unos olivos. Con el torso desnudo, los pies apoyados sobre la mesa, me entretengo perfeccionando un abanico que había confeccionado con una varita de madera, trenzando en sentido ortogonal unas tiritas previamente cortadas a partir de unas hojas de palmera. La puerta corrediza y el maletero de nuestra autocaravana están totalmente abiertos: en la parte trasera, se distinguen los sacos de dormir, una bandeja de plástico, un ligero revoltijo. Armonía de beis y verdes, suavidad de la arena, aire saturado de luz dorada, ambiente de descanso, de cansancio del bueno, rodeados de ese calor que amaina al final del día. Aparezco distendido, absorto en mi pequeño abanico, y todavía hoy eso me hace bien. En otra foto, estamos en familia, en un restaurante. Mi hermano y yo, concentrados en nuestros platos; mi madre, con una sonrisa resplandeciente; mi padre, feliz.

No tengo más que recuerdos en estado latente, es decir, esas fotos, semejantes a unos reveladores químicos, me devuelven al estado físico y psicológico en el que me hallaba entonces. Pero las imágenes que tienen mayor impacto en mí son aquellas donde yo no estoy:

—«Westfalia» inscrito en el techo; «236 FAA 75», en la matrícula. Nuestra autocaravana está parada ante un cruce, como si dudara. Cuatro carteles en árabe y en francés, dispuestos de dos en dos, indican las direcciones. A la izquierda, Errachidía, 3 kilómetros; Erfud, 78 kilómetros. A la derecha, Goulmima, 58 kilómetros; Uarzazat, 319 kilómetros. Estamos del otro lado del Alto Atlas, no hay más que una planicie árida hasta el Sahara.

—En Erfud, las dos autocaravanas están estacionadas delante de una vivienda de adobe, al fondo de una plaza del mismo color que ellas (la de los Gualino era beis como la nuestra). Por la acera caminan unos hombres vestidos con una *djellaba,*[14] y una anciana con la cabeza cubierta por un fular lleva a un niño a sus espaldas.

—Nos disponemos a cruzar un uadi[15] que inunda la carretera, justo antes de adentrarnos en un estrecho desfiladero. La foto está casi enteramente ocupada por la montaña, vertiginosos declives frente a los cuales las autocaravanas parecen de juguete. Sus carrocerías lisas e intactas son una provocación, un desafío contra la roca. La luz trasera del vehículo de los Gualino se refleja en el agua, formando una mancha de color rubí en un paisaje totalmente mineral. Para mí, esa imagen solo admite el siguiente epígrafe: «La aventura».

—Nuestra autocaravana está estacionada en una carretera en pendiente, separada del vacío por un parapeto almenado que ciñe la montaña. Más abajo, la garganta del Dadés, un río de verdor cuyos pronunciados meandros ondean en medio del desierto. Fue ese el telón de fondo del episodio del grito «¡sed felices!». Alegres vacaciones entrecortadas por un instante de terror.

Asocio esta escena a dos desapariciones que se produjeron en un cielo azul de 1986, con unos pocos días de intervalo. Daniel Balavoine, el cantante de mi infancia, murió en un accidente de helicóptero en el sur del Sahara, cerca de Tombuctú; me enteré de la noticia al día siguiente, un miércoles, al iniciar mi entrenamiento de fútbol. En otro continente, en Florida, seis astronautas y una maestra sucumbieron a la explosión de la nave espacial *Challenger*. Como suele suceder durante el despegue, una bocanada de humo invadió la plataforma de lanzamiento, los reactores escupieron llamas y la nave se desprendió de la gravedad terrestre para elevarse majestuosamente por los aires; pero esa vez, su trayectoria estalló en un sinnúmero de esquirlas. Eran jóvenes y apuestos, flotaban por encima de ellos mismos, bastó un segundo para destruirlos en pleno cielo. Así como mi padre era falible, la energía desfallecía en la muerte.

El Marruecos de 1986 es inseparable de nuestros dos camaleones, *León y Rachmed*, que compramos en un mercado. Como soy la única

persona que conozco, junto con mi hermano, que haya tenido en sus manos, que haya acariciado y amado a un camaleón, y como los cómics que leíamos en aquella época los representaban como grandes roedores dotados de una lengua de veinte centímetros, rojos si se tragaban una fresa, escoceses si se los apoyaba sobre una *kill*, quisiera describir con fidelidad la apariencia de esos compañeros que tanto nos maravillaron.

El camaleón es un animal frágil y ágil, un reptil del tamaño de las dos manos de un niño, con una piel rugosa salpicada de manchitas, una cresta que corre a lo largo del lomo y se prolonga en la cola, una cabeza triangular, grandes ojos con pupilas, cuatro patitas con garras que pueden aferrarse a todo tipo de superficie, siempre y cuando sea áspera, y un vientre muy suave, como el de una lagartija, donde se siente latir el corazón. Para comunicarse con sus congéneres, efectivamente cambia de color, pero dentro de un espectro que va del amarillo pálido al verde oscuro, pasando por el gris, el beis, el gris bistre y el marrón.

En el momento de cruzar la aduana entre Marruecos y España, escondemos nuestros camaleones en las cortinas (sobre la tela de color caqui, rápidamente se vuelven invisibles) por miedo a que nos los confisquen.

Pasamos con éxito, como los contrabandistas de *Carmen*, y *León* y *Rachmed* emprendieron la vuelta a casa con nosotros. Lamentablemente, uno se escapó por la garriga de Provenza, cuando lo sacamos a tomar el aire durante una parada en casa de unos amigos. El otro compartió un tiempo nuestra habitación en París, se alimentó de moscas y vivió calentito dentro de su caja de cartón cubierta de paja, dispuesta con toda la comodidad posible. Sobrevivió un poco en ese clima que no estaba hecho para él y, un tiempo después, ascendió al paraíso de los camaleones.

Aquella exfiltración —lo entendí mucho tiempo después— era ilegal y estaba sancionada por la Convención de Berna de 1979, que protege a la fauna en su hábitat natural. No me enorgullece lo que hicimos, pero el adulto que soy es incapaz de condenar al niño que fui, habida cuenta del gran placer y alegría que nos procuraron esos animalitos. Mi padre debió de razonar del mismo modo, suponiendo que tuviera conocimiento de dicha convención.

12. SU FELICIDAD Y LA NUESTRA

NO CONOZCO un mejor ejemplo de orden contradictoria que el grito de «¡sé feliz!» a un niño, que buscará serlo afanosamente, puesto que es lo que se le está mandando, pero sin conseguirlo, puesto que se lo están diciendo a gritos. Así que ese niño será infeliz y, a la vez, se sentirá culpable por haber fallado. Esa especie de locura, que se aloja en el núcleo de la vida cotidiana, admite numerosas variantes; por ejemplo, «¡duérmete!» u «¡olvida eso!». El inventor del *double bind* (y de la terapia familiar que lo acompaña) es el psicólogo Gregory Bateson, fundador de la escuela de Palo Alto, la misma ciudad donde cursé mi primer grado, en 1979-1980.

El eslogan del Escarabajo Volkswagen era «La fuerza a través de la alegría», nombre de la gran agrupación política nazi destinada a organizar el tiempo libre de la población alemana. Nuestra autocaravana ¿fue el lugar de «la alegría a través de la fuerza»? No, ya que ese mandato solo se producía dos o tres veces en el transcurso de nuestras vacaciones, es decir, muy poco, casi nunca. En cambio, sí dejaba al descubierto, de manera paroxística y caricaturesca, un funcionamiento de familia, un leitmotiv tragicómico, la dialéctica de mi padre, su dificultad para ser feliz y su remordimiento por el hecho de que, por su culpa, nosotros tampoco lo fuéramos. En ese sentido, aquel episodio revela una configuración de mi infancia.

Me cuesta distinguir entre la felicidad que objetivamente me aportaron esas vacaciones, con los baños en el mar, los juegos, las visitas, las pizzas, las parrilladas, las frutas, los *spots* libres, las baratijas que comprábamos en los zocos árabes, y la felicidad de mi padre, su alegría por sabernos felices. Era exactamente la infancia que él deseaba para nosotros: la vida al aire libre, espacio para correr, una educación colectiva. Durante esas vacaciones, mi padre dejaba de dirigirnos una mirada triste, preocupada, avergonzada por no poder ofrecernos más que una infancia enclaustrada en un piso de tres piezas parisino y, al sabernos felices, entretenidos con una «pandilla de amigos», podía dedicarse a sus ocupaciones, dejándonos hacer lo propio con las nuestras. Esa repentina libertad —libertad de movimiento, pero también libertad en relación con la tristeza de mi

padre, liberación frente al sentimiento de culpa— era la condición misma de mi felicidad.

Yo era feliz porque mi padre ya no era infeliz ante la idea de que yo no era feliz. Yo era feliz porque mi padre lo era, y él era feliz porque, actor y testigo de nuestra felicidad, comprobaba que nosotros lo éramos. Uno era feliz a través del otro. Esa circularidad se convirtió en la perfección de nuestras vacaciones, y si el resto de mi infancia está como rodeado de niebla, es en razón del mismo mecanismo pero invertido: ausencia de jardín, ausencia de bicicleta, ausencia de «pandilla de amigos», nada de lo que mi padre había conocido en los hogares, nada de lo que nosotros mismos habíamos tenido en Palo Alto o en la auto— caravana y habíamos perdido, hasta las próximas vacaciones.

La Combi fue la victoria y el orgullo de mi padre, la transformación de su condición de niño extraviado en padre pródigo, dador de felicidad, salvador salvado por sus hijos, capaz de curarlos como él había sido curado después de la guerra.

De mi padre, yo era el hijo, pero también la repetición, la reencarnación del niño que él había sido, huérfano perdido, ausente de sí mismo, renaciendo poco a poco en los parques de las mansiones y las residencias de la CCE. Yo era su hijo, pero también era él de niño, la nueva victoria de la resiliencia, el salvamento que se renueva una y otra vez, el campo de ejercicio de la pedagogía que, en los hogares, le había vuelto a procurar un equilibrio gracias a la naturaleza, el espacio, los juegos al aire libre, la vida en colectividad —principios de una república de niños autogestionada bajo el ojo de educadores judíos, ellos mismos traumatizados, y cuyo consuelo era ver a «sus» niños revivir—. A la sombra de la autocaravana, mi padre respiraba, se relajaba, disfrutaba, saboreaba, con la certeza de que estábamos en territorio seguro, en libertad y, a la vez, fuera de peligro, en las condiciones que él había querido para nosotros y que garantizaban la felicidad de todo niño, el equilibrio de todo muchacho. En cambio, la mayor parte de nuestra vida, en París, en el pequeño apartamento, durante el año escolar, mi padre era pura negatividad, fracaso culpable, incapacidad, imposibilidad de hacernos felices.

Mi amigo David, que hoy trabaja en una empresa de alta tecnología en Grenoble, se acuerda de mi padre arrastrando a todos los niños a jugar con las olas. La descripción de Michel Parent me emociona:

> Tu padre estaba feliz, feliz, feliz. Se quedaba absorto mirando cómo os divertíais. Lo veo con todos los niños de la mano, un montón de niños. Os contaba historias, sobre todo

> cuando salíamos a caminar. Tu madre también estaba contenta, pero era menos expresiva. Tu padre sí lo decía, se alegraba en voz alta, era muy expansivo.

Pero cuando ya no éramos más felices (cuando mi padre creía que ya no lo éramos porque nos poníamos a jugar al tarot en lugar de admirar el paisaje), de inmediato era infeliz, carcomido por la pena y la culpa. La euforia devenía en vértigo. Las fisuras de su infancia volvían a abrirse hasta convertirse en un abismo, su felicidad caía allí dentro y, de nuevo, se reprochaba a sí mismo el no ser capaz de hacernos plena, absoluta, definitivamente felices: nuestra seudoinfelicidad hacía entrever su impotencia de padre, pero también la precariedad de su infancia, o sea, a fin de cuentas, su herida. El pequeño Ivan aburriéndose era el fracaso de toda una vida.

Así se explica esa explosión de ira en la carretera que corre por arriba del oasis del Dadés. Mi padre fiel a su infancia, nosotros fieles a la suya, pero viviendo en paralelo la nuestra. Así es como llegué a ser un hijo de la Shoah.

13. EL TRANSCONTINENTAL

UNA TERRIBLE crisis de angustia se apodera de mí en la cama, al caer la noche. Acabo de aterrizar en el aeropuerto de San Francisco; un taxi me ha traído hasta este precioso hotelito de Berkeley, muy cerca del campus. Aquí son las nueve de la noche; en Francia, las seis de la mañana. No logro conciliar el sueño y debo dar conferencias en inglés toda la semana. No duermo, el pánico me vuelve loco. Por más que escuche en YouTube «*if you're going to San Francisco / be sure to wear some flowers in your hair*», el himno hippie de los años sesenta, no sirve para nada.

El hotel está situado a unas decenas de kilómetros de Palo Alto. Nuestra casa, con una canasta de baloncesto encima de la entrada del garaje, las calles soleadas y apacibles. Una época bendita, la edad donde no se teme nada, un momento de confianza y serenidad. Hoy (las horas pasan sin sueño y ya es mañana), tengo que estar a la altura de las circunstancias.

Hace algunas semanas, Michel y Nicole Parent me contaron que nuestros viajes en autocaravana habían comenzado en California. En la Navidad de 1979, llegamos hasta Baja California, en México; celebramos la Nochebuena en la playa, donde un caballo se acercó a visitarnos. En julio de 1980, atravesamos Estados Unidos, de Palo Alto a Nueva York. Partimos a la aventura con un vago destino en mente. Dormimos en parques nacionales. Las dos autocaravanas, la blanca y la verde, levantaban sus techos hacia cielos gigantescos, en medio de una naturaleza extraordinaria. Preparábamos nuestras sencillas comidas en parrillas dispuestas al lado de unas mesas hechas con grandes tablas fijadas al suelo, en pleno bosque; nuestros únicos vecinos eran las ardillas. Nos detenemos para fotografiar una cabra montesa que anda perdida por la carretera y unos bisontes que pacen en el prado. Las planicies se extienden hasta el infinito, una isla cubierta de pinos emerge de un lago de agua helada, la *freeway* nos conduce hacia una cumbre coronada por nieves eternas. A veces, paramos en los Kampgrounds of America, campings a la europea con pequeños *spots* acondicionados uno al lado del otro. Allí lavamos la ropa. En una palabra, concluyen Michel y Nicole, «descubrimos la

autocaravana en Estados Unidos».

Su relato me desconcertó como una revelación. Tuvieron que pasar treinta años para que yo entendiera que las dos fases de felicidad de mi infancia, los períodos en los cuales me sentí libre y a la vez feliz, no eran más que una: la epopeya de la autocaravana comenzó en California. Y eso que mi padre me había hablado de los parques nacionales. Pero su relato estaba tan invadido por anécdotas nostálgicas que yo ni siquiera había entendido que el viaje era en autocaravana: el pequeño Ivan pregunta en inglés si los animales beben el agua de los géiseres, el pequeño Ivan juega a la *baby sitter* con Sophie en inglés, más adelante el pequeño Ivan no quiso hablar nunca más en inglés, era tan feliz en aquellos tiempos.

Hace poco, al final de un almuerzo familiar, le pedí a mi padre que me confirmara que nuestras primeras vacaciones en autocaravana efectivamente databan de la época de Estados Unidos. Mi pregunta lo sorprendió de lo obvia que le resultaba. Me parece importante escuchar su respuesta, entrecortada por mis propios comentarios, como un diálogo entre un padre y un hijo, entre el testigo y el historiador que viene a interrogarlo. Dos muchachitos escondidos dentro de dos adultos:

> Conocimos a Michel y a Nicole en una venta de garaje, estábamos amueblando nuestra casa. Se quedaban un año en Palo Alto, como nosotros. Tenían hijos de la misma edad que vosotros. Fuimos a su casa, tenían una autocaravana; nosotros también. La nuestra la compramos enseguida, era nuestro único vehículo. Era un desastre, era fea. El motor no paró de causarnos contratiempos, incluso tuvimos que cambiarlo antes de hacer el gran viaje.

No acepto la idea de que nuestra primera Combi, con su matrícula azul y oro, haya podido ser «un desastre». Pero, desde un punto de vista técnico, mi padre obviamente es quien tiene razón:

> En Navidad estuvimos en Baja California. Con los Parent, pasamos fines de semana en Yosemite, en las playas al norte de San Francisco, fuimos en barco a avistar ballenas. Hicimos un viaje en Semana Santa, pero sin ellos. Tú cantabas «*spring brought me such a nice surprise / right before my eyes*», una melodía infantil que debías de haber aprendido en la escuela.

Una búsqueda en Internet me informa que la letra exacta es:

> *Spring has brought me such a nice surprise*:
> *blossoms popping right before my eyes.*

Es una canción sobre la primavera: las flores del albaricoque se abren en las ramas como si fueran palomitas.

> Hicimos un viaje a Death Valley, regresamos por Phoenix y Joshua Tree National Park. A la vuelta, os preguntamos si queríais ir a Disneyland. Os pusisteis como locos, así que pasamos por allí también.

Al mirar las fotos del Valle de la Muerte, tengo la sensación física de la arena, de los troncos calcinados, del aire temblando por encima de la planicie ardiente. Me veo (me siento) en la orilla de la carretera, levemente inquieto ante la idea de que podría caminar todo recto y perderme en el desierto. En aquella época, fuimos al Gran Cañón del Colorado. Me acerqué al precipicio rojo y anaranjado. Los paisajes de mi infancia están asociados a las fallas geográficas que la atravesaron, y ese abismo de varios millones de años de antigüedad tiene como contraparte simétrica el «cañón del no-Colorado», como dice Perec, esa fisura que provoca hendiduras en nuestra existencia, ese vacío que se adentra en lo macizo, así como la alegría de estar vivo se mezcla con la angustia de haber sobrevivido.

> Para fin de año, hicimos un gran viaje durante un mes, fue el regreso de Palo Alto a Nueva York. Subimos hacia Oregón, pasamos por el parque de Grand Teton y Coeur d'Alene. En Yellowstone, delante de los géiseres, le preguntaste al guía: «*Do the animals drink the water*?»; fue la última vez que hablaste en inglés espontáneamente. Después, fuimos a la Torre del Diablo, la montaña arañada por un oso, y al monte Rushmore, con los presidentes esculpidos en la roca. En algún punto del trayecto vimos bisontes; comimos carne de búfalo. Con Sophie jugabais a la *baby sitter*; y hablabais en inglés. Tú tenías el casete de *Star Wars*, con «*Follow me, you two*». Era una parte que te fascinaba, la ponías todo el tiempo.

Se trata de una escena de *La guerra de las galaxias* en la cual Luke ordena a los dos droides, R2D2 y C3PO, que lo sigan. Paisajes desérticos del planeta Tatooine. Doble puesta del sol a la que Luke asiste, melancólico, desde lo alto de una loma; su destino pronto lo llamará. En *El retorno del Jedi*, el tercer episodio de la saga (hoy es el sexto episodio), la persecución en motojet por la luna de Endor fue filmada en un bosque de California, y las secuoyas gigantes entre las cuales los protagonistas corrían a doscientos kilómetros por hora me parecían tremendamente familiares. Cuando en la última escena de la película aparecen, azulados y translúcidos, augustos y sonrientes, los fantasmas de los tres padres de Luke, yo contemplo en la pantalla,

formateada para cientos de millones de espectadores, esa verdad que grabé en lo más hondo de mi ser: los muertos no son otra cosa que ausentes, y es bueno invitarlos a veces a los deleites que nos regala el banquete de la vida (más tarde, me encantó la serie *A dos metros bajo tierra* por sus conversaciones entre los vivos y los difuntos, en las que se dicen todo lo que no se han dicho antes).

> En Badlands, sacamos la foto de los cuatro niños a contraluz. Luego, Chicago. En Buffalo, las cataratas del Niágara. En Toronto, fuimos a ver a unos amigos, sin los Parent. Bajamos hasta Nueva York. Con Michel fui a embarcar las autocaravanas en un barco. No puedo creer que hayamos hecho semejante trayecto con esa autocaravana de mierda. ¡Y todavía la usamos para Córcega y Portugal!

Los padres recogieron los dos vehículos en Le Havre unas semanas más tarde. Entretanto, volvimos a tomar el avión hacia Francia. El verano de 1980 se termina. Voy a entrar en segundo grado. De aquí en adelante, hablaré, leeré y escribiré en francés. Nos instalamos de nuevo en nuestro pequeño apartamento parisino. Nada de bici ni de fútbol en la calle; nada de amigos que vienen a llamar a la puerta los domingos a las ocho de la mañana.

14. SUR DE ITALIA 1987

SOMOS de nuevo tres familias; en total, contando a Mariane, catorce personas, seis adultos y ocho niños. Tengo el recuerdo de haber pasado todo el tiempo con mi pandilla: David, Sophie y Mariane, con quien dormía sucesivamente en la tienda, después de haber nadado, jugado a las cartas y reído de la noche a la mañana.

Solo mencionaré con detalle nuestra primera semana en Sorrento, un bonito puerto situado en el extremo de una península, sobre la bahía de Nápoles. En el camping, el alquitrán se derrite bajo el efecto del calor. La playa, a quinientos metros más abajo, está formada por rocas y corales que lastiman los pies. Todas las mañanas, bajamos hasta el mar, nos bañamos, hacemos paseos acuáticos, exploraciones de grutas naturales, duelos sobre la tabla de windsurf.

Tengo trece años y medio, voy a entrar en segundo año de la secundaria. Mi diario es mordaz e hiperbólico (en Capri, subimos «cientos de escalones bajo un solazo infernal»). Da cuenta de un complejo de superioridad y de un esfuerzo por ser «literario»: en una playa, «gente ordinaria de toda índole, gordos, bigotudos, una rara colección de mastodontes, de paquidermos». Mi descripción de la «ruta monótona, uniforme, tediosa» es típica de mi estilo de la época, que consiste en acoplar a un sustantivo tres epítetos que son perfectos sinónimos. En las fotos, me veo como un auténtico adolescente, con unos espantosos polos de color, un pantalón de tela blanco, un corte de cabello echado a perder, demasiado largo, pero que delata cierta búsqueda.

Recorremos los alrededores de Sorrento. Caminata por Nápoles, excursión a la isla de Capri en aerodeslizador, visita a Pompeya y Herculano, ascenso al Vesubio por un camino en zigzag de polvo deshidratado. Son días inolvidables, y el adolescente se ve obligado a admitir, en su diario, que está contento. Sobre todo, estoy fascinado por el estado de conservación de los yacimientos, por la presencia del pasado. En el museo de Nápoles, advierto que la erupción del Vesubio, en el año 79 de nuestra era, dejó intactos cuerdas, suelas, dados, utensilios de cocina, galletas, nueces, dátiles, huesos de aceituna. Recuerdo dos cuerpos —un niño y su madre, creo— petrificados por la

nube de cenizas, acurrucados en el rincón donde hallaron la muerte. Una civilización aniquilada y extrañamente preservada por el hecho mismo de su destrucción.

El 20 de julio de 1987: «Hoy —¡oh, milagro!— cambiamos de *spot.*, después de una semana de inercia total.»

Partida hacia Ravello. Lo que me interesa no es la villa Rufolo, ni la impactante vista sobre la bahía, ni los soberbios macizos de flores en terrazas que rodean las palmeras, sino el estanque lleno de monedas, donde recolectamos doscientas cincuenta liras, o sea, un franco con veinticinco centavos. Por la noche, en el camping, nos bañamos en una piscina climatizada y nos entretenemos vistiendo una estatua de Hermes con un gorro playero, gafas y un bolso. «Nos lo pasamos bomba.»

El viaje prosigue hacia el sur. Ruinas de Paestum. Las fotos muestran a mi hermano explicándole mitología a Mariane. Camping en Potenza. Nos reencontramos con el mar en Tarento. Subimos. Luego Lecce, en el tacón de la bota. Apulia. Sacerdotes con sotana por la calle, un atardecer sobre una playa de arena fina, dunas con una vegetación de carrizos y juncos. Región del Gargano. Regreso por Roma, Coliseo, plaza Navona, Vaticano. La torre de Pisa. ¿Qué hace para no derrumbarse?

15. EL VIAJE A LA ANTIGÜEDAD

EN LAS fotos aparece con un vestido, con la cabeza cubierta por un sombrero de paja con flores, o con una camiseta de tirantes de algodón blanco, un pantalón con estampados verdes y malvas, y zapatos haciendo juego. Sus atuendos son en tonos pastel, pero a veces se atreve con una camisa de color frambuesa, un traje de baño amarillo oro. Mi madre es la más elegante del grupo, la más guapa de las tres mamás. Conduce poco, solo durante los largos trayectos, para relevar a mi padre. Por la noche, nunca es ella quien levanta el techo. Prepara la ensalada de pepino y tomate, en la que se maridan el verde crujiente y el rojo dulce. Cura mi otitis. En la playa, no le gusta ponerse al sol, ni desnudarse, ni subirse a una tabla de windsurf, o hacer un *splash* en el agua. Prefiere leer a la sombra, luego dar unas brazadas, eso es todo. Tiene miedo de nadar demasiado lejos o de subirse a un barco. Es tan fácil ahogarse.

En mi mente, mi madre también está asociada a la exigencia cultural. Veo una equivalencia entre ella y el Mediterráneo, cuyas orillas nos permitieron visitar tantos yacimientos, templos, santuarios, termas, ágoras, anfiteatros, vestigios de ciudades cuyos mosaicos y adoquines aún retumban con el tumulto de miles de personas.

Entonces comienza a existir el mundo griego. Se convierte en la única realidad, en nuestro eje temporal; no exhibe sus ruinas y su desmoronamiento, sino su resplandeciente apogeo. El pasado no es ya el pasado, sino el presente, del cual yo no soy más que uno de los futuros improbables, sin interés particular y de todos modos inconcebible, que de pronto se aparece en el universo de su inexistencia. Nuestro viaje de 1984 no hace renacer en mí, joven turista de diez años, Grecia y sus bellezas «clásicas», sino que más bien atrapa a un muchacho del futuro y lo catapulta a una sociedad viva y estridente, en medio del público que aplaude a los atletas que desfilan por el estadio, al lado de los sacerdotes que realizan los sacrificios en el santuario de Zeus, entre los servidores de un palacio de Micenas, los soldados que montan guardia detrás de las murallas, los esclavos sublevados de Mesenia, las vendedoras que ofrecen en sus puestos aceitunas y pepinos, semejantes a aquellos que yo consumiré dos

milenios más tarde. Miro como si fuera mi amigo al *kuros* de mármol de Paros, soberbio y ligeramente gruñón, con su cabello que parece un casco y su cabeza, esculpida en torno al año 480 antes de nuestra era, decorando el ticket de entrada a la Acrópolis, a ciento cincuenta dracmas. El nadador zambulléndose me precedió, lanzándose para siempre por los aires sobre la tumba de Paestum[16].

Esas emociones de niño me enseñaban que la historia no se confunde con la «Historia», poblada de hazañas y próceres, Filipo de Macedonia constructor del Filipeo, Sócrates, Pericles, Leónidas o, más lejano aún, Agamenón, inmortalizado por su máscara de oro y su tumba. El mármol, el bronce, el marfil y el oro habían sido trabajados por la mano de un artesano que, antes de meterse en la cama, saborearía el dulzor de una tarde, el efluvio de una rama de romero.

El Mediterráneo, que Braudel estudió como historiador y cantó como poeta, me atraía hacia sus temporalidades encastradas: el lapso de una jornada, entrecortada por un baño en el mar, un juego de naipes, una ensalada con queso feta; el trazado de una ruta marítima, el emplazamiento de un mostrador, el perfil de una moneda, la lentitud de una civilización; por último, la propia naturaleza, paisajes ante nuestros ojos, tiempo inmóvil de los olivos y las orillas, magnificencia de nuestros *spots*. Sobre todo, nuestros paseos me enseñaban que la historia no es una mera lección de un manual escolar, sino una caminata por el polvo, una búsqueda al sol, entre las columnas de templos en ruinas, para colectar cascos de botellas, plantas, fíbulas, restos que se transformarán en pruebas que alimentan un razonamiento. Pasear, leer, escribir: la vida ideal. El historiador es alguien que viaja en el espacio y en el tiempo.

Mi madre nos explicaba la leyenda de los argonautas, que nosotros disfrutábamos a nuestra manera, con la autocaravana oficiando de pentecóntero, y nos iniciaba en una música extraña, entre panderetas y cigarras, que yo escuchaba somnoliento en las gradas del teatro de Epidauro. De aquel periplo, me desperté con reminiscencias, sensaciones sombrías. Así como hoy mi pronunciación del inglés aún encierra la impronta de California, cuando preparé la oposición para la cátedra me sentí emparentado con los hombres de las ciudades arcaicas: conocía sus piedras y sus senderos.

Pero el mundo griego también vive fuera de Grecia. Se extiende hacia Sicilia, Italia del sur, Turquía, adónde fuimos respectivamente en 1985, en 1987 y en 1988. La Magna Grecia, en el extremo de la península italiana, se desarrolla a partir del siglo VIII antes de nuestra era. Un grupo de colonos griegos funda Neápolis-Nápoles, Poseidonia-Paestum, Taras-Tarento, Akragas-Agrigento y su templo de la Concordia, Siracusa y su gran teatro, así como ciudades en Córcega y

hasta en la actual Costa Azul, sin olvidar Marsalia-Marsella, por supuesto.

En Asia Menor, el 3 de agosto de 1988, una deliciosa tarde, visitamos el puerto antiguo de Efeso, el santuario de Artemisa y el teatro, en el cual realizamos unos ejercicios de acústica. «De regreso, contemplamos un espléndido atardecer detrás de la ruinas. Todo parecía en llamas, por el color naranja púrpura del sol.» Otro día, bajamos la monumental arteria de Mileto, pavimentada en mármol y salpicada de fustes de columnas y pedestales vacíos, eje de la cuadrícula ortogonal de una ciudad que contaba con un teatro, un estadio, mercados, fuentes, termas y varios santuarios. Unos días después, deambulamos por el puerto antiguo de Fasélide, bajo el pinar, después de bordear la playa desde nuestro *spot*; mi hermano y yo volvimos por el mar, chapoteando apaciblemente.

El templo de Artemisa, en Efeso, es la única de las siete maravillas del mundo que vi, puesto que la estatua criselefantina de Zeus, en Olimpia, desapareció y no fuimos a Halicarnaso, donde hubiera descubierto antes la existencia de Heródoto y sus *Historias*. El sentido del vocablo «cariátide» jamás me resultó extraño; antes de ver una, supe que un par de Nike celebraba a la diosa de la Victoria; y jamás la admiración por la democracia ateniense me hizo olvidar que esta nació de la misma matriz que la esclavitud, la misoginia y el imperialismo. Porque nuestro *spot* cerca de Dídima me recuerda un baño en el mar a las nueve de la mañana en un agua «muy clara, fresca, por ende, perfecta», más que el santuario de Apolo y la Vía Sagrada, siento un cariño particular por el «Poema para tartamudo», del OuLiPo,[17] que comienza con estos versos:

> En Dídima, donde nos bañamos en el mar
> los murmullos del Ararat

También viajé por el mundo romano, bajo la basílica de Constantino y por las calles de Pompeya. El yacimiento de Volubilis, en Marruecos, nos eleva por su áspera belleza, pero mucho más aún por la verticalidad de sus paisajes, los cipreses y las escasas columnas aún en pie que brotan de los mosaicos, las tapias, los senderos y los templos erosionados. En Sicilia, dormimos cerca de una ciudadela desde donde Arquímedes incendió la flota romana con espejos.

Pero mi presentación es engañosa. Esos mundos abarcan varios siglos, varios miles de kilómetros cuadrados. Antigüedad grecorromana, valores universales, cuna de Occidente, sin duda. A decir verdad, esas ruinas me daban un poco lo mismo, no eran más que un montón de piedras por las que mis padres me arrastraban como a una mula; en el mejor de los casos, eran el terreno que yo

arañaba para enriquecer mi museo personal. En la Acrópolis, el cartel en griego y en inglés que prohibía recoger la más mínima piedra no logró arruinarme la visita. Como escribo en mi diario de 1984, vemos «magníficos templos y pedregullos»; después de una escalera antigua, «llegamos al Partenón. Es requeteespectacular».

En cuanto al resto, todo son quejas, suspiros, refunfuños y «muglis». En 1987, nos quedamos con Mañane en la taquilla del Foro Romano, sentados en un banco, esperando a que mis padres terminaran la visita y, mientras paseamos por la ciudad eterna, me lamento: «Pero ¿qué es lo interesante?» A propósito del museo de Efeso, en 1988: «La alfarería rota, las estatuas con cabezas y brazos rotos, las joyas de oro, son todo lo mismo, no varía demasiado de un museo a otro.» En el Vaticano, mi hermano se aburre tanto que se tiende en el suelo sobre el mármol, con los brazos en cruz. Un guardia se acerca y amonesta a mi padre, que se disculpa: «No lo había visto…» El hombre no cree una palabra y se retira descontento.

El prestigio que recubre Grecia y Roma, entidades abstractas ensalzadas por tantos discursos sobre las «raíces de nuestra civilización», se veía atenuado por la mansedumbre de mis padres, por los juegos y las charlas entre nosotros, o por las condiciones mismas de las distintas visitas: al salir del mar, comiendo un helado o durante un atardecer, cuando dormíamos en las proximidades de los sitios históricos. Por eso mismo, nadie se lo tomaba demasiado en serio, ni siquiera mi madre, a quien le gustaba descifrar, tanto en los museos como en las iglesias, las inscripciones en griego y en latín que recorrían los frontones, los arquitrabes y los exvotos.

Esta epigrafía turística me reconciliaba con las clases de griego que ella me había obligado a tomar a partir de mi primer año de la secundaria. Un día, a bordo de un barco, alguien pidió un *iatros*, y ella se alegró de poder entenderlo: era la misma palabra que en griego antiguo, «médico». A veces, intentaba hablar el griego de Esquilo con un camarero, o bien le aseguraba al campesino desconfiado, que se había acercado para saber por qué tres autocaravanas estaban estacionadas en la linde de su campo, que solo permaneceríamos «*mia nikta*», «una sola noche», expresión formada a partir del sustantivo antiguo νύχτα y el adjetivo cardinal pía. Una educación clásica para veraneantes. Una *Odisea* en traje de baño.

Practiqué la historia en la playa, y eso fue una justa revancha sobre ella, que nos arrolló en su oleaje como guijarros. Con mi padre, la historia rompía en la orilla; con mi madre, navegábamos sobre ella, sobre las civilizaciones, las ciudades. Mi padre era la humanidad herida; mi madre, las humanidades triunfantes. El, el tiempo detenido; ella, la máquina de remontar el tiempo. Fue mi padre quien, a través de la obstinación de sus cuestionamientos, la precisión de su memoria

y la perspicacia de su sentido crítico (que nunca escatimó a ningún sobreviviente de Auschwitz), me enseñó a razonar como historiador. Fue mi madre quien me alimentó y cultivó, exigiendo de mí antes de que supiera desear. Unos meses previos a mi entrada en sexto grado en la rama «alemán reforzado», en 1984, el verano de Grecia, mi madre había batallado para que me admitieran como una excepción en el liceo Buffon, mientras que todos mis amigos estaban inscritos en el colegio del barrio. Esa crueldad, que luego resultó ser una suerte, en su momento me enfureció.

16. VACACIONES «RIDÍCULAS»

EN EL patio del liceo Buffon, contaba pocas cosas sobre mis vacaciones. Me reprimía una suerte de incomodidad, el deseo de poner distancia entre la escuela y mi casa, pero también la certeza de que mis camaradas no podían entenderme. Cuando hablaba de la autocaravana, esta suscitaba el asombro socarrón de los hijos de comerciantes (un vehículo palurdo y heteróclito que llama la atención por lo vistoso) y el desdén de los hijos de buena familia (una actividad recreativa del populacho, como la petanca, el pastís y el Tour de Francia). «Entonces, ¿no la lavan? ¿Viven todos hacinados? Tu camioneta es un poco una vergüenza.» Ellos tenían vacaciones «normales», casa familiar o balneario, hotel en pensión completa o complejos vacacionales. La ironía del asunto es que mi mejor amigo de esa época, retoño de la gran burguesía del distrito XV de París, era hijo del gerente general de Frantour, una empresa de viajes *low cost* que llevaba a las clases populares a descubrir el patrimonio francés.

Las sonrisas de mis compañeros revelaban una tipología de veraneos, una jerarquía de vacaciones. La pobreza: no irse a ninguna parte por falta de dinero. La inseguridad: optar por un viaje organizado, un circuito «descubrimiento». El sedentarismo gregario: tumbarse en una playa atestada de la Costa Azul. El desarraigo inmigrante: regresar a los pagos, mientras que los hijos de uno presumen de chaquetas a la moda y ya no entienden el idioma de sus abuelos. El arte de vivir popular: tener una caravana fija en un camping. La holgura del terruño: pasar dos meses en la casa familiar de Bretaña, en la residencia de Ramatuelle, en la masía de Provenza, en la propia finca. El ocio exótico: veranear en un hotel con encanto o ir a un Club Med, en pleno auge desde los años setenta.

Nuestras vacaciones no tenían ningún nombre, ninguna justificación, no hallaban correlato en nada conocido. Esa manía ambulatoria era sospechosa. Preocupaba a los conformistas masivos por su aspecto excéntrico y resultaba grosera y repulsiva a los niños de la élite. Nos movíamos todo el tiempo, éramos unos sin techo del verano. Inestables. Nómadas. Teníamos cosas en común con las poblaciones itinerantes (es sabida la suerte que los nazis les reservaron

a los gitanos). En resumidas cuentas, algo no era del todo normal en mi familia.

Son numerosas las agresiones (antisemitismo, racismo, misoginia, homofobia) que toman la forma de una broma. En este caso, se trataba de desprecio social. Mis padres tuvieron una infancia íntegramente popular. Los padres de mi madre eran unos pequeños artesanos pobretones, y mis abuelos paternos, aquellos que no tuve, vivían en condiciones aún más precarias: él talabartero, ella costurera, ambos sin trabajo en el agitado París de los años 1938-1943. En cuanto a los tutores de mi padre, eran artesanos del cuero, diplomados de la calle, de la mesa de trabajo y del sindicato; vivieron toda su vida en un pequeño apartamento de dos piezas con baño compartido en el pasillo, en la calle Saint-Maur, equidistante de la plaza de la República y del metro Ménilmontant. Mis padres fueron quienes lograron el ascenso social en nuestra familia. En Navidades, ellos no habían recibido ni la vigésima parte de lo que me regalaron a mí años después. Las mañanas de examen, nadie les exprimió un zumo de naranja.

Si las burlas de mis compañeros me incomodaban, era porque sentía que apuntaban a algo que iba mucho más allá de mis vacaciones: a nuestra identidad familiar, a nuestro modo de vida, a nuestro «estilo», a la personalidad de mis padres, y, por lo tanto, a la educación que ellos me estaban dando. Viajar en autocaravana revelaba cierto nivel de ingresos, pero también la ausencia de tradiciones familiares y de raíces; cierto capital cultural, pero también una falta de *savoir-vivre*; una tendencia al ridículo, pero también una libertad mental, una capacidad de desapego, por orgullo o por indiferencia al qué dirán.

La autocaravana olía a profe, a su mezcla de simpleza, refinamiento y estrategia cultural. Correspondía a esa sensibilidad política que opta por el veraneo «ridículo» del Frente Popular, con vacaciones pagadas y tiendas de campaña, a la guía turística *Routard* de la década de 1970 y al izquierdismo típico del medio docente al que alude el cantante Renaud,[18] tan semejante a nosotros que su aforismo me hacía reír:

> Cuando el hippie roñoso
> salió de su camioneta Volkswagen
> que había estacionado como un piojoso
> delante de mi tasca.[19]

Mi padre no era un «hippie roñoso», pero lo aceptaba, quería que sus hijos durmieran bajo una tienda, comieran sentados en el suelo, corrieran medio desnudos por las dunas, mearan afuera, se asearan cada tres días, ignoraran las convenciones, olvidaran ser sumisos con

sus padres. Profesaba que un niño no tiene por qué respetar a su padre y, además, el hecho de viajar, de verse cotidianamente alejado de las propias referencias, era un desafío a toda autoridad. El, que había crecido sin padre, había elegido quedarse con lo mejor de la paternidad.

No todos mis compañeros del liceo BufFon pertenecían a familias acomodadas, pero todos eran franceses, me refiero a franceses de pura cepa, con apellidos fáciles de escribir, terminados en *ain, ond* o *ac*. Por más que se mofaran de nuestro lado hippie, vago, mugriento, desarraigado, sin apegos, sin terruño, era el judío que había en mí el que se sentía señalado.

Por lo demás, esa manera de ser —o, mejor dicho, de no ser, de no ser parte de eso— era reivindicativa. Mi padre siempre tuvo coches inadecuados, la autocaravana para el verano y los Renault 4L abollados para ir al trabajo, mientras que, en todas las demás familias, el coche era un objeto de prestigio, un signo de éxito, Citroen BX, Renault 25 o BMW. Una anécdota al respecto. Para el ochenta cumpleaños de mi abuelo materno, fuimos a cenar a Lasserre, un restaurante con varias estrellas Michelin cerca de los Campos Elíseos, con lámparas de arañas en los techos y orquídeas sobre las consolas. íbamos mis padres y mi hermano, mi tía y su pareja, mis abuelos y yo. Llegamos en autocaravana y, rebosante de orgullo por la gracia, mi padre le tendió las llaves al encargado del parking, que se quedó boquiabierto. Esa indiferencia para los usos, ese rechazo del *savoir-vivre*, que tanto consternó a mis amigos del colegio, no dejaba de agradar a mi abuela, que había sido vendedora de muebles en el barrio de Saint-Antoine, hablaba francés- *yidis y era hija de* una rusa analfabeta (a quien mi madre, de niña, intentó en vano enseñarle a leer). Y estoy seguro de que mi padre también le estaba rindiendo un homenaje a su tutor, Constant, un anarquista que no le tenía miedo a nada, y menos aún a escandalizar a los burgueses.

Nuestro estilo de vacaciones era aristocrático porque valoraba la libertad, el placer, el descubrimiento, la huida de lo cotidiano, pero también era rotundamente democrático: barato, no consumista, no vistoso, no trasnochador, no complicado, algo accesible, próximo, simple, casi rudimentario, una locomoción terrestre, un contacto directo con la gente, paradas siempre respetuosas con la naturaleza, con las costumbres y productos locales, acampada fuera de los circuitos siempre que fuera posible, agua de la fuente de la plaza del pueblo, ensalada de huevo y tabulé al mediodía, parrillada con fuego de leña por la noche y, en los mercados, higos chumbos preparados por el vendedor, granizado de limón, buñuelos fritos, costillas de cordero compradas en puestos callejeros (a riesgo de que nos sentaran mal). En una palabra, un deambular a escala europea. Su propio amo,

pero no en su propia casa.

Esa mezcla de lo lujoso y lo popular, esas vacaciones entre comodidad y aventura, alejadas de una propiedad que no poseíamos pero que de todos modos no queríamos poseer, se adecuaba bien a la pareja de origen modesto y trayectoria social ascendente que formaban mis padres. A mi madre le hubiera gustado un poco más de estabilidad, pero, bueno, siempre había un poco de Italia y de Grecia en el camino, una bóveda de crucería o una obra maestra del Renacimiento cerca. Mi padre, por su parte, no podía pedirle nada más a la existencia: nosotros éramos felices. Esa vida de aventura permitía que el ingeniero con alto salario fuera un buen padre, sin convertirse en un tránsfuga de clase que reniega de los suyos, puesto que las vacaciones «de rico» que podía ofrecernos seguían estando de acuerdo con su infancia «de pobre» en los hogares comunistas. Su felicidad no era una traición.

No es de extrañar que la democratización de las vacaciones, continua desde los años sesenta, haya llevado a mis padres, nacidos justo antes del *baby boom*, a alejarse de la muchedumbre para hallar espacios aún preservados. Ese reflejo era un modo de reinventar el turismo en tiempos de masas, en beneficio de actividades recreativas que se elegían no solo porque exigían no perderse bajo ningún punto de vista las iglesias y los museos del lugar, sino también porque se distinguían de todas las formas contemporáneas del entretenimiento. Es más, no éramos «turistas» (término repelente), sino campistas, casi unos aventureros: en mis diarios, varios comentarios irónicos resaltan esa línea divisoria.

Subvertir lo nacional, rechazar lo sedentario, lo conocido, lo habitual, huir de los grupos, de los viajes organizados, los clubes de vacaciones, las playas tomadas por asalto, era una manera, para una profesora y un ingeniero, de disfrutar de un progreso colectivo sin seguir a la manada, de conciliar el individualismo y la relación con los otros, el bienestar y la cultura, en una mezcla que parecía atípica tanto para la clase media como para la gran burguesía asentada. De ahí esas vacaciones mochileras pero «intelectuales», en las que el capital cultural, que uno tiene, prima sobre el capital económico, que también tiene, pero en menor cantidad. Sobre todo, la autocaravana no podía encerrarse en ninguna definición, en ninguna categoría. Y aún hoy, me gustaría que me dijeran si esta traicionaba la falta de dinero, la abundancia de dinero, el desprecio por el dinero, si era más bien barbacoa y aperitivo sin ceremonias, evasión y alta cultura, o si su originalidad radicaba precisamente en que nos llevaba a atravesar las clases, los círculos, las épocas y, desde luego, los países.

Las sonrisas que veía esbozarse en los rostros de mis compañeros al mencionar nuestras estancias naturistas o nuestras tribulaciones en

autocaravana me enseñaban que todo el mundo no tiene la misma concepción del tiempo de ocio, que las normas son un asunto de clase y que el encuentro entre gente de medios sociales distintos puede producir fricciones. A los doce años de edad no era un descubrimiento menor. Mucho antes de leer a Veblen o Bourdieu, supe que las vacaciones pueden ser representativas de una manera de distinguirse y que es imposible analizar por separado la categoría socioprofesional, el nivel de ingresos, los gustos en materia de automóviles, los lugares de veraneo, el modo de educación de los hijos y las expectativas que uno coloca en ellos.

La forma en que mis padres eligieron y practicaron la autocaravana ilustra la filosofía de la burguesía con estudios: el presentimiento de que lo esencial, para que la escolaridad sea un éxito, no se aprende en la escuela. Esas actividades «extraescolares» darán una ventaja adicional a los alumnos ya dotados de toda suerte de capital, seleccionados por la institución, animales de oposiciones a los que púdicamente se califica como «productos de la meritocracia republicana»; y son ellos quienes más adelante marcarán la diferencia entre lo «escolar» y lo «brillante». Mi incomodidad al hablar de mis vacaciones provenía de una sensación de inadaptación, pero también de la semiconciencia que tenía de esa apuesta familiar, de esa marca de fábrica que de repente transformaba la autocaravana —lugar ruidoso, loco y excéntrico concurrido por forasteros— en una inversión tanto más eficaz cuanto que adoptaba las mejores galas del juego, del placer y de la gratuidad. Pero tampoco hubiera querido aburrir a mis compañeros contándoles nuestras aventuras con todo detalle. En el fondo, había demasiado que decir, y lo mejor en ese caso era callarse.

Sartre escribe en *Las palabras* que su «lugar natural», determinado por la infancia, es «un sexto piso parisino con vista sobre los tejados». Sartre consiguió salvarse solo. A mí lo que me preservó de la «parisianidad», de la satisfacción haussmanniana,[20] de la connivencia entre las élites, de la morgue, de la convicción de merecerse el universo fue la autocaravana; o, para ser más exactos, la autocaravana desplazó todas esas cuestiones a una camioneta estrambótica donde perdieron toda seriedad, toda pretensión, para no ser más que caricaturas de sí mismas. Mi altímetro nunca se desajustó: el alazán de metal medía dos metros en cruz.

Si la autocaravana desempeñó un papel tan decisivo en mi formación, fue por su falta de delicadeza, su burda simpleza, su pelín de ridiculez orgullosamente asumido, esa suerte de indolencia risueña, afirmación de una originalidad no demasiado rebelde, de una incompatibilidad al fin y al cabo aceptable, pero que nos hacía más fuertes, más alegres, conscientes del valor de nuestra propia

idiosincrasia. La autocaravana no tema derecho a ningún honor, solo conocía el honor de vivir.

En ciertos momentos de mi vida, durante las recepciones en la Sorbona o en el palacio del Elíseo, siempre me acuerdo de mis cuatro abuelos artesanos, de mi bisabuela analfabeta, de los habitantes del miserable *shtetl* de Polonia, con sus carretas y sus caballos, donde mi abuelo ejercía de talabartero. Sean cuales sean mis éxitos y mis fracasos, jamás he olvidado de dónde vengo. Vengo del país de los sin país. Estoy con aquellos que arrastran su pasado como una caravana. Estoy del lado de los caminantes, los soñadores, los vendedores ambulantes, los que van dando tumbos. Del lado de la autocaravana.

17. TURQUÍA 1988

FUE EL último y sin lugar a duda el mejor de nuestros viajes. Vamos únicamente con los Parent, somos ocho en total. Ya he dejado de ser un adolescente sombrío y desengañado, contento de pavonearse con sus gafas de sol, y me intereso un poco más por los lugares que visitamos. Estoy creciendo: ayudo a mi padre a echar gasolina o a cambiar el agua del motor, tengo suficiente fuerza para desbloquear el techo de la autocaravana y levantarlo hasta su posición de equilibrio.

Mi horizonte se está ampliando. Durante mi tercer año de la secundaria, comencé a leer *Le Monde*, principalmente los sucesos y las necrológicas. Un día, en el patio del liceo, una amiga me enseñó unas pegatinas «Generación Mitterrand» que tenía la intención de pegar en las paredes. Tuve la sensación de estar participando en una operación secreta. En clase, estudiamos la Segunda Guerra Mundial. En el momento en que el profesor abordó los campos de exterminio, bajé la mirada: iban a hablar de mí. Durante un viaje escolar a Colonia, besé a una alemana, Kathrin, en la sala oscura de un cine que proyectaba una película de la cual no tengo recuerdo alguno, más allá de que salía una pelota de baloncesto.

Nuestro itinerario está muy bien organizado: bajamos hasta Italia, barco de Venecia a Esmirna, vuelta por el suroeste de Anatolia, de Kusadasi a Antalya siguiendo la costa y de Antalya a Kusadasi por el interior del país, regreso en barco por la isla de Samos, Atenas-El Pireo y Patras.

Como cada verano, se produce el reencuentro con el agua: en el camping de Pavía, la pureza de un arroyo bajo una arboleda que nos da sombra; el mar en Chioggia, cerca de Venecia, aún cálido a las ocho de la noche, en el que nos sumergimos tras una jornada en la carretera; otra vez el mar en Sottomarina, una playa con inmensas olas que la cubren de espuma como mil botellas de champán. Pero el agua está también en las ciudades y en los cielos. En Venecia, visitamos los talleres donde se fabrican las góndolas; nos dirigimos de Zattere a la plaza de San Marcos por el puente de Rialto. Al final de la tarde, se desata una tormenta mientras volvemos en *vaporetto*: relámpagos blancos, truenos rugientes, ráfagas de lluvia.

Nos embarcamos al día siguiente, a eso de las siete de la tarde, en un buque de las Turkish Maritime Lines. Zarpamos de noche, surcando la laguna. Adiós a las palomas, al campanario que se erige sobre el cielo rosa y negro, a las luces de Venecia que se apagan a lo lejos… Durante los dos días que dura la travesía, alternamos partidas de tarot, baños en la piscina y escondites en todos los recovecos del barco. Mi padre me lleva a visitar el puesto de mando con los instrumentos de navegación, los radares donde se dibujan las costas italiana y yugoslava. El segundo día, por la mañana, nos viene a buscar Michel: ¡vamos a cruzar el canal de Corinto! Relato el acontecimiento en mi diario, con fecha del 1 de agosto de 1988:

> Salimos a la parte delantera del barco. Al principio no vemos nada, solo las luces que se van precisando poco a poco. Luego, indicada por unas luces verdes y rojas, la entrada del canal. Un remolcador viene a ayudarnos a atravesarlo sin obstáculos. Listo, entramos en el canal. Unos proyectores que arrojan luces anaranjadas nos señalan el camino, ya que el canal es muy estrecho. Poco a poco, las murallas que nos rodean se agrandan ¡y alcanzan los cien metros de altura! Es muy impresionante porque parece que los muros de roca te van a aplastar. Entre el casco del barco y las paredes, no debe de haber más de dos metros. Pasamos debajo de dos puentes, uno para los trenes, el otro para los coches y los peatones. Algunas personas nos hacen señas. Después, tras diez minutos de travesía, salimos del canal y entramos en alta mar.

Llegada a Esmirna al día siguiente, después del mediodía (la antigua Esmirna, uno de los puertos más grandes de Turquía, animado y cosmopolita, acogía a numerosas comunidades: judíos, griegos y armenios, diezmados durante el incendio de 1922). Visita al bazar, donde se despliegan falsos polos Lacoste, pipas de espuma de mar y narguiles. Coca-Cola en una plaza bajo la sombra de los árboles. Camping sembrado de naranjos por donde brincan unos conejitos. Llamada del muecín a las seis de la mañana, seguida por el canto del gallo a las siete.

Después de Efeso, salida hacia Kusadasi, invadida de turistas. Cerca de Dídima, compramos *lokumscon* sabor a rosa, menta, pistacho y naranja. Nos bañamos en un lago cerca de Egirdir. En el mercado de alfombras de Isparta, «papá y mamá quieren comprar una, pero regateos, disputas, precio, en síntesis, no la compramos» (finalmente, mis padres comprarán otra por tres mil francos en una cooperativa instalada al aire libre, bajo las higueras y los granados, durante nuestro segundo paso por Kusadasi). Las pozas naturales de

Pamukkale están secas, ya que los hoteles de los alrededores desvían los manantiales de agua caliente. Plantamos el campamento a unas decenas de kilómetros de Antalya, en un *spot* que dejo que mi padre describa:

> Fue uno de los campings más hermosos de todos nuestros viajes. Instalamos las autocaravanas a la sombra del único gran árbol. Había como mucho uno o dos campistas más. La ducha estaba a la intemperie, pero al resguardo de las miradas. Funcionaba un pequeño restaurante. La playa era magnífica. Era perfecto. Fuimos a nadar todos juntos, salvo Michel, que fue con su tabla. Ya conoces la historia.

Es una historia que ya he contado: la visita de las ruinas antiguas de Fasélide en traje de baño, bajo el pinar.

Mis recuerdos más memorables datan del 12 y 13 de agosto de 1988 y, también en ese caso, son físicos. En Selçuk, mi padre va al *berber* (se dejó crecer la barba adrede). En la tienda, hay espejos y grandes asientos de escay. Mi padre se acomoda ante nuestras miradas febriles. El barbero le embadurna el rostro con espuma, lo rasura, lo empolva, le quema los pelos de la nariz y de las orejas con un tizón, antes de aplicarle una crema y de untarle cuidadosamente la cara con una pomada. Recuerdo risas y exclamaciones, «nos hizo reír muchísimo». Hoy la intensidad del recuerdo y la imagen del tizón encendido, con su larga llama danzante, me convencen de que había algo aterrador en esa ceremonia: alguien quema a mi padre y todo el mundo se ríe.

Al día siguiente, un recuerdo mucho más agradable, dominado por el elemento opuesto: el agua. Sucede en el baño turco de Kusadasi, a donde vamos en familia, con los Parent. Nos desvestimos en una cabina, salimos con una toalla alrededor de la cintura, entramos en fila en una gran sala de mármol con mesas de lavado y de masajes, nos rociamos con agua tibia, el empleado encargado de lavarnos nos frota el cuerpo con un guante de cerdas, el masajista nos amasa enérgicamente, nos pellizca el más mínimo músculo, luego, con una especie de sábana blanca que empapa dentro de un balde, nos unta con una fina espuma, nos seca y nos entrega otra vez a su colega, que termina con un lavado de cabeza y después nos arroja una gran palangana de agua fría sobre la cara. Regresamos a las cabinas, donde nos relajamos saboreando un té de manzana. Salimos del *hammam* «con una piel totalmente nueva, pura y con los músculos revitalizados».

No sé si debo leer esas líneas como el efímero triunfo del hedonismo sobre el puritanismo que imperaba en mi familia, o como

mi permeabilidad a las consignas del turismo de aventura, que tiene como *misión reconciliar* a los habitantes urbanos consigo mismos. Lo que sí es seguro, es que nunca más volví a experimentar esa sensación: una eflorescencia, una resurrección, una felicidad que se irradiaba desde el *interior de los* músculos hasta la epidermis.

18. ALREDEDOR DEL MUNDO

ESTA sociohistoria de mi infancia en la década de 1980 tiene todos los elementos de un relato de aprendizaje: descubrimiento del mundo, apertura a la cultura y a la diversidad, maduración por medio de pequeñas pruebas, toma de distancia con respecto al medio social del cual venimos. En ese sentido, mis años de autocaravana son años de formación. En eso no hay nada original: a partir de finales del siglo XIX, el camping, la acampada, se pensó como una preparación para la edad adulta, una escuela de vida para la juventud, que unía independencia, responsabilidades y alegrías al aire libre.

Para mí, esa iniciación no tuvo lugar en un bosque, como en el caso de los *scouts*, sino en tres continentes: Europa del Sur, África del Norte y Medio Oriente, cuyas colinas y rocas, entorno de un mar que se extiende desde la antigua Troya hasta las columnas de Hércules, nutrieron una civilización tanto griega como romana, judía, cristiana y musulmana; porque mi Eneida atraviesa los siglos. Pero no quisiera maquillar mi pasado. Mi pasión era construir un barco con corteza, seguir cardúmenes de sardinas bajo el agua, coleccionar conchas marinas, fabricar un matamoscas con hojas de palmera, recoger almendras silvestres, fumar hojas de eucalipto, jugar una partida de minigolf, comprar piedras semipreciosas. Eso daba lugar a toda una serie de trueques con mis padres: un helado por un museo, una tarde en unas ruinas tras una mañana en la playa.

La cuenca mediterránea nos prescribía su modo de vida siempre sano: tiempo soleado, aire seco, omnipresencia del mar, actividad física, régimen a base de carne asada, verduras y frutas. Eso no me impedía anotar en mi diario, con satisfacción, todas las veces que me permitían comer un helado, una pizza, o tomarme una Coca, una Fanta o un Seven-Up. Logros difíciles, pequeñas victorias, pues la autocaravana era explícitamente no consumista. Era lo opuesto al ocio entendido como mercancía, lo contrario a los Eurodisney y los Center Pares de hoy, que sacan provecho de la libertad: pagar para tener derecho a divertirse o a disfrutar de una naturaleza domesticada.

Sin embargo, como sucede a menudo con los niños, me sentía libre comprando. Para saciar mi hambre de chucherías, mi sed de suvenires,

erraba por los bazares, los zocos, los mercados, todas esas torres de Babel del mundo comestible. El rumor de la multitud, la perorata de los comerciantes eran tan mareantes como el color y el perfume de sus puestos repletos de frutas, verduras, sémola, aceitunas, jabones, cueros y telas. Quería comprarlo todo, pero a fin de cuentas no desembolsaba nada. «Mira con todos tus ojos, ¡mira!», es la sentencia de Miguel Strogoff. La autocaravana me dispensaba de poseer, pues tenía todas las riquezas del mundo para mí.

El viaje es tan buena escuela porque es una fuente de fascinación y, a su vez, una lección de modestia. A los quince años, yo había visto Palermo, Tánger, Zagreb, Lisboa; había cruzado el canal de Corinto por vía terrestre y por vía marítima, había navegado en góndola, había hecho picnics en los escalones de iglesias barrocas, había rezado en la Acrópolis, había jugado con un camaleón, había corrido en el estadio de Olimpia, había acariciado la arena del Sahara, había sostenido la torre de Pisa, había degustado *suvlakis* y *lokums* con sabor a rosa, había dormido en un oasis, había deslizado mis pies dentro de unas babuchas, había asistido al cambio de guardia de los evzones, había admirado una puesta de sol en el cabo Sunión, había escalado el Etna y el Vesubio, me había sumergido en las largas olas de Esauira, había seguido estrellas fugaces en el cielo de Anatolia.

Por lo tanto, sabía, y para el resto de mis días, que el mundo era bello, que no había visto casi nada de él, que me quedaba una infinidad de cosas nuevas por descubrir, por leer, por contemplar, por oír y por comer. Al observar a un mercader montado en su asno, a un pescador remendando sus redes, a un artesano perforando un bolso, a un niño caminando descalzo entre las palmeras para regresar a su casa de adobe, pero también al conocer a otros turistas, a una chica alemana de nuestra edad, a una familia de quebequenses ávidos de consejos, yo estaba midiendo mi finitud. Había mil formas de ser humano.

Esos viajes son experiencias universales y, en paralelo, emociones ante el cambio de aires, riqueza de la alteridad y elecciones de clase destinadas a preparar el porvenir de los hijos. Como los jóvenes aristócratas ingleses del siglo XVIII, yo hice mi *Grand Tour,*[21] complemento de educación que consiste en recorrer los lugares destacados de Italia, Francia y Grecia para refinar el gusto y perfeccionar los conocimientos en materia de humanidades grecolatinas. Como ellos, regresé de allí con una predilección por la Antigüedad y el Renacimiento. La democratización de esa práctica se efectuó en beneficio de la identidad: al igual que los pequeños protagonistas del *Tour de la France par deux enfants*[22] en tiempos de Jules Ferry, por medio de esas excursiones motorizadas, tomé conciencia de la grandeza de mi nueva patria, Europa. Como la gente

joven de Romain Gary, recibí mi «educación europea», pero bajo el sol y en tiempos de paz.

Compartí mis estados de conciencia, mis emociones más íntimas, con decenas de miles de personas, desde los jóvenes nobles contemporáneos de Goethe hasta los turistas seducidos por la propaganda de Volkswagen. Me encanta la idea de que la Combi de los años setenta y ochenta se haya convertido en un objeto de culto. Por la carretera, en los campings, mucha gente se parecía a nosotros. ¿Por qué adquirir una autocaravana a finales del siglo XX? Entusiasmo por los utilitarios familiares, gusto por la libertad, anticonformismo masivo, comunión con la naturaleza, democratización de las actividades de ocio. Había en mis padres, así como en los Parent y en los Gualino, lo que podría llamarse una sensibilidad ecologista *avant la lettre*: tener muy poca ropa, lavarse con poquísima agua, comer lo que se encuentra en cada sitio, gastar todo lo que se ha comprado, no utilizar electricidad, prescindir de la radio y la televisión. Vivíamos en autarquía: comida, ropa, energía, dinero. Hacíamos mucho con poco.

Pero elegimos la autocaravana y nos vimos empujados hacia ella por valores y legados que nos determinaban. Como he dicho, nuestras vacaciones nacieron del encuentro entre varias tradiciones, la alegría de vivir de Michel y Nicole, la infancia comunista de mi padre, la cultura clásica de mi madre. Nuestra itinerancia también venía de la fusión de varias corrientes de izquierda: la pedagogía activa de la preguerra, el internacionalismo, el espíritu de independencia anarquista, el liberalismo en el sentido americano del término, la contracultura hippie, la vida en comunidad posterior al Mayo francés, la cultura del tiempo libre permitida por la educación nacional, la frugalidad ecologista. Una utopía a la medida de un niño.

Entonces, ¿por qué la autocaravana? Si renuncio a toda psicología («porque era divertido»), debo recordar otras razones no tan visibles, pues lo cierto es que podíamos realizar nuestros viajes gracias a que las condiciones nos ofrecían ciertas posibilidades, como las legales, ya que mi padre gozaba de vacaciones pagadas que le permitían pasar el mes de agosto con nosotros; las financieras, teniendo en cuenta que menos del 15 por ciento de los veraneantes franceses tienen recursos suficientes como para irse al extranjero; las institucionales, como la libertad de circulación en Europa Occidental y la práctica de la acampada libre, hoy prohibida; así como posibilidades culturales, entre otras el advenimiento del tiempo libre y la invención de la playa, como ha demostrado el historiador Alain Corbin.

Pero vayamos a un aspecto crucial que, al entremezclar lo individual, lo familiar y lo colectivo, vuelve a situar a nuestra Combi en el siglo. Se trata de lo que podría llamarse las condiciones de posibilidad ideológicas. En *Le Siécle juif*, Yuri Slezkine explica que los

valores «judíos» —movilidad, cosmopolitismo, aptitud para cruzar las fronteras— se difundieron hasta tornarse no solo en valores modernos, sino también universales. Todos nos hemos puesto las sandalias de Mercurio, el mensajero de los dioses, el mismo dios de los mercaderes y los viajeros. La autocaravana traslada a un marco estival el carromato del vendedor ambulante, la carreta de los bohemios (donde encontramos a *Carmen*), el trajín de las circulaciones y cruces de caminos a los que también vela el dios africano Legba. Recreación de privilegiados porque teníamos medios suficientes para viajar al extranjero, la autocaravana también era intrínsecamente popular, el automóvil del pueblo, «Volkswagen», un vehículo vulgar, antiestético y alegremente utilitario, *globetrotter* desaliñado, monje giróvago exclaustrado, animal de carga que se hace querer por su bondad natural y su ahínco para el trabajo.

La autocaravana es, por lo tanto, burguesa y bohemia, «bobo»,[23] por así decirlo —y ese término atrae sarcasmos que conozco bien, puesto que son los mismos que ya señalaban las elecciones de mis padres, naturismo y camping—. Si bien hoy llevo una vida infinitamente más burguesa que bohemia, me acuesto pronto, me levanto temprano, salgo poco, trabajo mucho, escribo con regularidad, pertenezco a esa categoría social que vive en los barrios populares de las grandes ciudades porque, dedicada a la docencia, la investigación o la creación, más acomodada que los empleados pero menos que los ejecutivos (su capital cultural de algún modo complementa su capital económico), se siente cercana a ese dinamismo urbano y a esa mezcla social y étnica que no encontramos ni en el centro, ni en las zonas periféricas. El barrio de Belleville-Ménilmontant donde vivo, producto del París rural, obrero e inmigrante, es un espacio abierto a todo el mundo, donde vivieron, antes de que los mataran, jornaleros sin dinero reunidos en comunas y judíos sin papeles agrupados en sindicatos.

Uno puede ridiculizar la «actitud bobo-eco», pero en tiempos en que el populismo y el fanatismo azotan por todos los frentes, esa postura es el bastión de valores que necesitamos desesperadamente: la cultura, el progreso social, la apertura hacia el otro, cierta idea del vivir juntos. Esos son los valores contra los que atentaron en París, el 13 de noviembre de 2015, y quienes murieron masacrados en un recital y en las terrazas de cafés eran jóvenes de treinta años.

Crecí en la autocaravana y esta me hizo crecer. Al valorar una cultura democrática y una manera de ser en constante movimiento, la Combi fue el soporte de una relación con el mundo que constituye el lazo entre el cosmopolitismo judío del siglo XIX, la cultura contestataria del siglo XX y los ideales de la izquierda del XXI.

19. LAS LÁGRIMAS DEL HISTORIADOR

UN GENOCIDIO no tiene final feliz. Ese es el punto débil de numerosas películas y novelas, y es también lo indescriptible del testimonio: por más que evoque la muerte de sus camaradas, el superviviente, por el hecho mismo de haber sobrevivido, clama la vida, la resistencia frente al destino, el ímpetu recobrado, la vida que se perpetúa. La historia que practico está atormentada por la ausencia, la desaparición, el silencio de las voces extinguidas. Eso no condena a la desgracia; simplemente, la alegría de vivir se convierte en una pregunta, entre voluntad de revancha y riesgo de perjurio.

En mi familia, la felicidad representaba tal reto que se transformaba en algo no solo inaccesible, sino también viciado, levemente putrefacto, no tan deseable como parece. Es una perversión de la cual nunca me he repuesto del todo. Y el único remedio para esa enfermedad del alma consistía en romper la sospecha y decidir de inmediato, en el acto, que yo podía ser feliz por la sola razón de que tenía derecho a ello. Durante mi vida, a menudo me enamoré de chicas que me decían: «¡Disfruta! Está todo bien en tu vida. Sé feliz, tienes todo para serlo.» Pero ese voluntarismo era exactamente el mismo que el de mi padre, quien añadía al deber de inteligencia el deber de felicidad, por respeto a todo lo que habían padecido los nuestros.

Reconciliarme con la posibilidad de ser feliz supone previamente desatar los hilos que nuestra historia enredó y apretó en mí. Los personajes de Perec son unos locos de los puzles, vocablo inglés que significa «enigma». Tengo varias piezas desperdigadas ante los ojos, pero no sé cuál de ellas encaja en el gran rompecabezas de mi infancia:

> Sed felices (porque vuestra infancia es objetivamente más feliz que la mía).
>
> Sed felices (porque si no lo sois me siento culpable).
>
> Sed felices (para que al menos alguien lo sea en la familia).
>
> Sed felices (porque si no nosotros no merecemos haber sobrevivido).

Los veranos me hicieron brezo, cielo vespertino, y jamás se marchitará el color malva de mi infancia, cuyos rayos también provienen de la amatista que mi madre llevaba en el dedo y de los caramelos violetas que conservaba, en casa, en un frasquito finamente trabajado. Si más adelante ninguna institución me reprochó ese reflejo de Mediterráneo salvaje, ese desenfreno de energía, ese encandilamiento a la sombra de las adelfas, es porque mi pulsión de vida, al ser la provisión de mi duelo, es capaz de cobrar un aspecto más apropiado que la alegría chillona y solar con la cual lo fui acumulando.

Durante el año, yo era un niño perfecto, sin protestas ni enfados. No era el mejor de la clase, sino más bien el tercero, aquel al que se le dan ánimos. Propiamente hablando, no era un chico triste; era alegre en mi velatorio. Era el antidepresivo de mi padre, pero también el escriba de la desgracia, el estoico testigo de la devastación, programado para sobrellevar las pruebas. Mi misión era aguantar por los otros, hacer el bien a los otros, y lo que fue utilizado en mí a tal fin quedó destruido. Como una mina explotada por otra persona. Después me hice historiador, ese que está presente en nombre de los desaparecidos, que aguanta por ellos y contiene el dolor propio. Como los grandes héroes de la Antigüedad, Ulises o Aquiles, un hombre tiene derecho a llorar. Un historiador, no.

La autocaravana brindaba un modo de vida aleatorio, un tanto loco, sin horarios ni imperativos, que me permitía ser un niño del mar, en pantalón corto y chanclas, que muerde un pimiento o un melocotón entre dos chapuzones. No era tanto la suspensión de las reglas sino el derecho a la inutilidad. Yo no tenía ninguna función que cumplir, no se esperaba nada de mí. Era un niño que no servía para nada. Un niño, sin más.

La autocaravana me descargó de responsabilidades agobiantes, impidiendo que se apagara en mí la llama, manteniéndome de este lado de la vida. La autocaravana fue puro sentimiento de existir, derecho a la felicidad. Yo, que estaba dedicado a los muertos, destinado al éxito escolar, pude, gracias a ella, vivir una vez por mí mismo.

20. EL FIN

EN EL verano de 1989, fuimos a Austria. Ya no es el Mediterráneo, y solo somos nosotros cuatro, la familia nuclear. Tengo quince años y medio. Visitamos castillos. Hago esquí náutico en un lago. Un día nos detenemos en la frontera con Hungría, cerca de un bosque. Hay unos periodistas, los agentes aduaneros dejan pasar a un grupo de refugiados húngaros a través del telón de acero. Ya había filtraciones. Estados Unidos, los aliados de mi infancia, acaban de ganar la Guerra Fría.

La historia de nuestra Combi comienza en 1949, en el momento en que la recuperación económica del Oeste termina de dividir a la Alemania ocupada, y culmina con la caída del muro de Berlín en 1989. Pero nuestros viajes se desarrollaron sobre todo en Europa del Sur, en países que son jóvenes democracias: una Grecia sin los coroneles, un Portugal liberado de

Salazar, la España posterior a Franco, Estados que acaban de entrar o que se disponen a entrar en la Comunidad Europea y cuyas economías deben ponerse al día. La última ola de democratización afectará a la Europa excomunista. En los años ochenta, yo no era el único que me iniciaba en la libertad.

Sin embargo, todavía era una Europa desigual, y yo sentía con intensidad la pobreza de las regiones que atravesábamos: Mezzogiorno, Sicilia, Peloponeso, el interior de Turquía, el Marruecos montañoso, el Portugal de los puertos pesqueros, con muchos «grieguitos» y «turquitos» de mi edad trabajando. La movilidad de los turistas pudientes contrastaba con el arresto domiciliario de las poblaciones de Europa del Sur y del Magreb, que viajaban sobre todo en busca de trabajo (la portera de nuestro edificio era portuguesa). Las fronteras se cruzaban con facilidad de norte a sur; era mucho más complicado atravesarlas en sentido contrario.

Todos los campesinos con los que nos cruzamos nos dejaron dormir gratis en sus terrenos, salvo una vez, en Córcega, cuando una mujer con un fusil nos hizo desandar el camino. En Grecia, dos ancianas nos acogieron con una bolsa de tomates y pepinos. En mi diario, el día se titula «La hospitalidad griega». Esos viajes acompañaron el nacimiento

de mi patriotismo universal, en una época en que el lirismo proeuropeo, con intercambios franco-alemanes y bandera azul de doce estrellas, reinaba cual amo en las escuelas. Gracias a ellos, tuve una educación de *European gentleman*, ese honrado hombre de fin de siglo, heredero del ciudadano romano y de los humanistas.

El mundo en el que crecí, el de la Comunidad Económica Europea, de la República Federal de Alemania y del bloque soviético, ya no existe. Forma parte del pasado para siempre, como el imperio de Adriano, como la Austria-Hungría de Stefan Zweig. Utilicé monedas «locales», pesetas, escudos, dracmas, liras, que hoy son iguales a las monedas oxidadas que esperaba hallar cavando la tierra de Olimpia o de Volubilis. La acampada libre es ahora imposible: los ayuntamientos la prohíben casi en todas partes, mientras que los propietarios han puesto cercos en sus campos y los hoteles han privatizado sus playas. Hoy resulta inconcebible encontrarse solo en una playa de cinco kilómetros de largo, sin nadie en el horizonte; para nosotros, un *spot* estaba *crowded*, repleto de gente, cuando ya había tres autocaravanas en el lugar. Hacíamos turismo internacional y cultural antes de la aparición de las compañías *low cost*. Rodábamos en lugar de volar. Hoy es más simple reservar un hotel en la otra punta del mundo o alquilar un apartamento por Airbnb.

Hay algo de traumatizante en la idea de que mi infancia, por el mero hecho de la innovación, esté hoy caracterizada por la ausencia de objetos que se han vuelto indispensables: no había ordenador, no había impresora, no había Internet ni correo electrónico, no había cámara de fotos digital ni teléfono móvil (teníamos que encontrar una cabina para que, una sola vez en todo el mes, Mariane llamara a su madre, que se había quedado en Francia), no había cuentas de Facebook para poner en tiempo real las fotos de las vacaciones, no había etiqueta #VanLife para expresar en Instagram el júbilo que procuraba la vida en autocaravana, no había sillitas para transportar a los niños en coche, no había airbags, no había frenos ABS ni GPS. Solo algunos visionarios adeptos a la red Arpanet presentían que los años ochenta serían un punto de inflexión.

Yo no podía adivinar que mi presente sería un día pura negatividad, ausencia de cosas que aún no existían, y que el futuro sería el que terminaría esclareciendo mi pasado. Me era imposible imaginar que un día escribiría mis libros en un ordenador, en lugar de en papel y a mano, como mis bitácoras de viaje. No podía prever que, en ese campo de fuerza que es la historia, las cronologías pronto iban a colisionar y que eso me permitiría decir que nuestro viaje a Grecia tuvo lugar seis meses después del lanzamiento de la Macintosh de Apple. Mi infancia no desapareció únicamente porque pasaron los años; mi infancia se volvió obsoleta.

Pero soy feliz de ser un historiador sensible a su propia historicidad: eso me ofrece un suplemento de vida. Ese flujo que nos atraviesa nos engrandece. En *Historia de un arroyo*, el geógrafo Elisée Reclus sale fortificado de las aguas en movimiento donde tuvo el valor de adentrarse. De la misma manera, yo me sumergí en nuestro pasado. El historiador forma parte de la historia.

En 1991, el verano de mi último año de la secundaria, fuimos a Estados Unidos sin la autocaravana. Acompañados por una pareja de amigos, hicimos un magnífico viaje por Nebraska, Colorado y Nuevo México. Maizales del Medio Oeste, horizontes a 360 grados, ranchos quemados por el sol, rudimentos de béisbol. En Monument Valley, en un decorado de western compuesto por cerros testigos incandescentes, brasas rocosas que la naturaleza ha dejado consumirse, mi padre me dejó conducir el Pontiac que habíamos alquilado. Estaba a punto de cumplir dieciocho años. Al inicio del año escolar, iba a entrar en *hypokhágne*[24] en el liceo Henri IV.

En medio de todo eso, leí *En busca del tiempo perdido*. No leí a Proust tomándome mi tiempo, con paciencia y deleite; hice una lectura completa, de la A a la Z, desde «Durante mucho tiempo, me acosté temprano» hasta «en el Tiempo», una lectura sistemática, descompuesta en etapas y objetivos, como cuando uno corta el césped una tarde o realiza una receta de cocina, comenzando por la compra de los ingredientes y terminando con el lavado de los utensilios. Hace poco, encontré entre las hojas del primer volumen de mi colección de la Pléiade (la de mi madre, en realidad) el programa de la ópera de Santa Fe de junio-agosto de 1991, que ofrecía *La Traviata, Las bodas de Fígaro* y *La fanciulla del West*. El placer que no me proporcionó la lectura hizo aún más pesada la faena que me impuse a mí mismo.

En esa época, estaba en la posición del futuro estudiante de *khdgne:*[25] asimilar a los «grandes escritores», prepararse para una maratón de cultura y, en la meta final de la carrera, la Oposición que te abre a la Vida de Verdad. Para ser digno de semejante coronación, para conocer la apoteosis a los veinte años, hay que someterse al ritual que conocieron Sartre y Raymond Aron, estudiar sin parar (ser capaz de absorber cincuenta páginas de Proust por día bajo el sol de Nuevo México), consentir a la servidumbre, hacer que entren en el cuerpo y en el alma las creencias sin las cuales la escuela preparatoria no funciona. En realidad, yo no estaba en esas vacaciones. Me abstraía de mi verano, ya me llamaba el primer día de clases. Estaba entrando en la tiranía de los «buenos» estudios.

La autocaravana había sido lo contrario: la despreocupación, el descubrimiento, los amigos, la libertad, Victor Hugo y Julio Verne. Después de eso, la cosa se puso seria. En *khágne*, fui un alumno aplicado, extremadamente academicista, con un estrés demencial,

concentrado en un objetivo más deseable que la salvación de los cristianos. Finalmente, si el *Grand Tour* en autocaravana resultó útil para mis estudios, fue porque me hizo descubrir la Antigüedad y el Renacimiento *in situ*, y sobre todo porque constituyó una cesura, un respiro. La ascesis utilitarista de la escuela preparatoria subraya por contraste la gratuidad de los baños en el mar, las costillitas de cordero asadas con leña, las guerras de agua, los combates entre Pépin y Boby y Dragón Verde. Las lecturas a marcha forzada, como hice con Proust aquel verano, ya no tenían nada que ver con la curiosidad libre y vagabunda.

Gracias a la autocaravana, pude descubrir el mundo, la lectura, pero también la historia, es decir, el razonamiento histórico: asombro, pregunta, recolección, experiencias, viajes, encuentros, escritura. La historia de nuestra infancia, pero también la de nuestros veranos, con su moraleja de la ociosidad, su revocación de las agendas, su dinámica de los cuerpos entregados a la naturaleza. Una historia a todo pulmón; ciencias sociales revitalizadas por el contacto con Heródoto. Y eso definitivamente no se aprende en *khágne*. Porque la desaparición y el vacío, que yo había experimentado en todos los sitios históricos de Asia Menor, de la Magna Grecia, del Peloponeso y del África romana, esas ausencias estaban cuidadosamente omitidas en los libros cuya lectura se nos prescribía antes de cada disertación. En esos libros donde todas las casillas estaban marcadas, todo estaba allí, en el lugar correspondiente: el discurso de lo lleno tiene más valor para el investigador y es más tranquilizador para el lector que la historiografía de la carencia.

Diez años antes, al pasarme el tiempo desenterrando trozos de alfarería, me había abandonado a un furioso deseo de posesión, pero ese afán se veía sistemáticamente defraudado, puesto que el resto del ánfora, la curva del jarrón, las figuras del cráter habían desaparecido para siempre. En las ruinas de mi infancia, más que descubrir la excavación recogí la huella. Ya fuera expuesta como un tesoro en la vitrina de un museo o abandonada en medio de las piedras como un desecho, la cerámica griega fue mi primera *vanitas* y, a su vez, mi más bella lección de método. Para que esa experiencia sirviera a mis propias investigaciones, tuve que renunciar al vacío de las vacaciones a fin de entrar en la era de la productividad. En ese sentido, el año de *khdgne* me resultó beneficioso. Me enseñó la unidad de las ciencias sociales y la disciplina del estilo.

Gracias a los zumos de naranja de mi madre y a mi fetiche «ENS God», aprobé el concurso. El día de los resultados, mi madre lloró de emoción y mi padre me gritó: «¡La Escuela Normal Superior no es nada! ¡No te creas que es el final del camino!» Ambos tenían razón.

A partir de ahí, fui estudiante. Mi padre me autorizó a llevarme la

autocaravana, agobiándome con recomendaciones antes de entregarme las llaves-para incitarme a la prudencia, pero también para retrasar el momento en el que me iría lejos de él—. Me repitió diez veces las consignas, convencido de que no había escuchado lo que acababa de decirme y que no había retenido lo que ya me había dicho la vez anterior. Me iba los fines de semana o durante breves trayectos con amigos, e incluso con mis novias. Me acostaba con ellas en la banqueta trasera desplegada, abajo, en el sitio de mis padres.

De regreso a París, aparcaba la autocaravana en el garaje, al otro lado de la carretera de circunvalación: Tras una cuesta muy empinada, había que pasar un portón estrecho y maniobrar entre pilares de hormigón sin rayar la carrocería, «sin un solo rasguño», como decía mi padre, antes de entrar marcha atrás en la plaza de aparcamiento. Un día, en la plaza de la Opera, en medio de un embotellamiento, giré demasiado cerca de un automóvil y rompí el faro trasero de la autocaravana. Mi padre recibió la noticia de la catástrofe con placidez y pragmatismo. Su reacción me sorprendió más que si me hubiera lanzado insultos.

La autocaravana estaba envejeciendo. La utilizábamos cada vez menos. Al final, consumía un litro cada diecisiete kilómetros, se había vuelto imposible.

Dejé el apartamento familiar. Mis caramelos de vidrio, mi cristal, mi caja negra y oro de Toledo, mis frascos de arena, mi platillo de cobre se quedaron en un cajón de mi escritorio. Mi padre se quejaba de no verme lo suficiente; me suplicaba que al menos fuera a llevarle la ropa sucia a mi madre. Después del servicio militar, me fui a dar clases un año a Nueva York. Viajé.

Y así culminó el siglo XX. Yugoslavia fue devastada por la guerra (estupor ante la idea de que bombardearan una ciudad en donde yo había estado, Zagreb). En el momento en que François Mitterrand proclamaba en Oradour-sur-Glane: «No queremos que esto se repita», un genocidio preparado en las narices de la presidencia francesa ensangrentaba Ruanda. La OTAN acogió a antiguos países del Pacto de Varsovia: Polonia, Hungría, República Checa. Al-Qaeda atacó dos embajadas americanas en África. Internet cambió radicalmente la vida cotidiana. Para mi cumpleaños, me regalaron un móvil, un armatoste verde en forma de habichuela. En 1998 se creó Google.

Me casé, tuvimos a nuestra primera hija. Mis padres se convirtieron en abuelos. Ya no se hablaba nunca de la autocaravana, yo la había olvidado un poco. Un día, le pregunté a mi padre qué había pasado con ella. Un colega suyo, un manitas, la había comprado por unas pocas monedas.

Era el quinto miembro de la familia y, a su vez, el espacio integrado en el que esta se reencontraba; no era el genio que sale de la

botella, sino el genio que te invita a seguirlo. Un remanso de lo más simple, donde se podía estar juntos. Mi minúscula zona de seguridad, allí arriba, en la litera. Eso era «el bus».

21. LIBERTAD

EN 1870, Rimbaud le escribe a su profesor de retórica del liceo de Charleville: «Me empecino terriblemente en adorar la libertad libre.» La libertad libre: ¿qué significa esta magnífica tautología? Es la revuelta nativa, la secesión de un poeta de dieciséis años; es también la halagadora creencia de los artistas y de todos aquellos que quisieran autoengendrarse, olvidar los cimientos sobre los cuales, precisamente, se eleva su libertad. Ahora bien, no creo que la libertad sea ella misma libre, que esté desprovista de raíces, desligada de los vínculos de cada uno de nosotros. No hay libertad sin suelo.

La libertad es, ante todo, fruto de un combate colectivo: conquista de las Luces, derrocamiento del Antiguo Régimen, advenimiento de la democracia, abolición de la esclavitud, defensa de la autonomía obrera en el siglo XIX, resistencia a la opresión en los imperios coloniales o durante la Segunda Guerra Mundial, emancipación de las mujeres, revolución de las costumbres. La libertad para todos es inseparable de la modernidad. Durkheim demostró cómo la división del trabajo social y las instituciones del Estado permitían que los individuos escaparan de las autoridades tradicionales; Michel de Certeau puso de manifiesto los engaños con los que uno se desenvuelve en los intersticios de la sociedad de consumo.

Jesús, Spinoza, Marx, Freud, esos revolucionarios (judíos) trabajaron para la liberación de los hombres; Keynes y Beveridge también, pues concibieron políticas de protección social y de reducción de las desigualdades. La independencia individual no puede pensarse sin la liberación colectiva, «libertad con respecto a la necesidad y el miedo», como decía Roosevelt en 1941. Sin la seguridad económica y la libertad de pensamiento, de expresión, de culto y de reunión, el desarrollo personal no tiene sentido alguno.

Pero al observar uno el propio recorrido, se intuye fácilmente que la libertad no se reduce a un principio abstracto, a un régimen político, a una seguridad material o a una inventiva del día a día. Si los hombres no son todos iguales ante la libertad, es porque ciertas situaciones de opresión o de precariedad los privan de ello, pero también porque esta les llega bajo formas muy distintas. La libertad

puede sacudir nuestra vida como un tornado u orientarla imperceptiblemente como una aguja. Hay operadores de libertad como hay operadores de dominación. Al concentrarme en el final del siglo XX y en el momento de las vacaciones de verano, intenté realizar una historia de mi libertad, una sociología de mi libertad, una antropología de mi libertad, una geografía de mi libertad, es decir, un estudio de las condiciones prácticas en las cuales, de niño, la libertad me fue propuesta como valor y principio de vida, me fue regalada para que encontrara en ella placer, escindida del orden familiar. Mi libertad tiene sus determinismo.

No hay nada más irritante que esas autobiografías donde un *self-made man*, un artista de renombre, nos explica cómo tuvo la brillante idea de convertirse en sí mismo. Y me irritan todavía más esas fanfarronadas porque para mí la libertad fue de algún modo permitida y delegada, sin que fuera la recompensa por asumir un riesgo ni la prueba de ninguna valentía. Jamás conquisté ni le quité mi libertad a un destino hostil, jamás se la arrebaté a una sociedad madrastra. Y eso no quita para que acordarse del encuentro con la libertad no sea comprender la esencia de nuestra infancia.

En tanto historiador de la infancia, quise referirme a la mía como historiador. En tanto escritor de ciencias sociales, quise volcar esas ciencias hacia mí, ponerlas en mi contra, presentarme a ellas. La egohistoria es a menudo la historia de un ego universitario y, en el mejor de los casos, de una trayectoria intelectual: vocación, lecturas, años de escuela, estudios superiores, oposición para ocupar una cátedra, tesis doctoral, primeros cargos; como si un historiador solo fuera «histórico» por su carrera de historiador y no por la música que escucha, el coche que conduce, el apartamento donde vive, los paisajes que lo conmueven; como si nuestros «archivos propios» no fueran otra cosa que borradores de conferencias y resúmenes de lectura.

Pero ¿cuál queremos que sea el punto de interés? ¿Por qué esa creencia, por parte de los profesores mayestáticos, de que el yo académico es la esencia de sus vidas? Timidez, tal vez; incomodidad frente a lo ínfimo o incompleto, sin duda; pero también miedo al ridículo, fobia a la falta de decoro, desprecio por todo aquello que no tiene que ver con las cosas del intelecto, pánico ante la idea de caerse del pedestal del maestro que piensa o del notable republicano. El descenso a uno mismo, por grados, hasta lo más bajo, no es compatible en realidad con la pose del magister, pero sí lo es con el método de las ciencias sociales. Eso es lo que demuestran, por ejemplo, dos profesores de literatura, antiguos becarios, Richard Hoggart en *33 Newport Street* y Annie Ernaux en *Los años.*

Inflexible con uno mismo, indulgente con los otros: ese podría ser

un buen lema para el investigador, que se arroga el derecho de hablar en lugar de los muertos, los pobres y los dominados. El «contra-yo» es una de las herramientas mediante las cuales la autobiografía puede aproximarse a las ciencias sociales, y las ciencias sociales pueden ganar en honestidad. En lo que a mí respecta, prefiero ser el niño que se come un pimiento en chanclas, con una pulsera en la muñeca, sentado sobre un cubo repleto de pastas y latas de atún, antes que un estudiante inspirado o un mandarín. El niño jamás se convirtió en un gran macho. El profe de facultad jamás se instaló en el patriarcado desde donde se reina, ni en el mirador que domina la llanura de la Historia. Al no tener yo mismo importancia, me siento incapaz de decretar las importancias del pasado. Antes que elaborar la novela nacional, prefiero investigar por el mundo. En traje de baño.

era libre porque no había cinturón de seguridad en la parte trasera de la autocaravana y nos movíamos dentro del habitáculo durante los trayectos,

porque podía deambular por los museos sin visitarlos,

porque podía quedarme horas jugando con las olas, era libre porque acampábamos en cualquier parte, en las playas, los embarcaderos, los estacionamientos, al final de los malecones, en el claro de un bosque,

porque mi saco de dormir era una nave espacial, con palancas de mando y relojes integrados,

era libre porque ningún cuaderno de actividades venía a prolongar el trabajo escolar del año,

porque se relajaba la presión, se suspendía la urgencia, porque cambiábamos de destino todos los años,

porque nuestros *spots* no figuraban en ninguna guía turística,

y porque no costaba nada perderse, el extravío no era más que otro camino,

era libre de sentirme un judío errante, y a la vez estar protegido por un Estado,

era libre de explorar los fondos marinos con gafas y tubo,

de leer o de hacer windsurf,

de jugar al tarot o de recoger cortezas,

primitivo y bien educado,

era libre porque la autocaravana era una forma de ser sin modales, estaba desligada de las cosas terrestres y, sin embargo, tenía los pies sobre la tierra,

porque incluso el regreso a Francia era un viaje, una regata por la superficie de las autopistas, bajo los grandes carteles

azules y en la sucesión de las distintas salidas (Villefranche, Macón, Tournus, Beaune, Avallon, Evry, Villejuif), antes de ver los contrafuertes de hormigón al aproximarnos a la puerta de Orleans y la silueta de la iglesia de Gentilly, cuyos ángeles lloran lágrimas verdes,

era libre porque mis padres habían podido ascender socialmente en un país rico y un continente en paz,

porque podía pasearme por la playa y jugar con jeringuillas de drogadictos,

porque hacíamos lo que queríamos después de comer, porque yo era inaccesible en nuestra autocaravana inclasificable,

porque podíamos ir a cualquier lado, en cualquier momento, con solo plegar la banqueta, bajar el techo y cerrar la puerta corrediza,

era libre porque mis padres querían que lo fuera.

Y aquí nos adentramos en una de las características de la educación burguesa ilustrada: como Sartre, Proust o Zweig, yo experimenté un anticipo de libertad en el seno de mi familia, mientras que tantos otros, Hoggart y Ernaux, London y Genet, tuvieron que esperar años para descubrir la cultura y los viajes, fuera de su medio social de origen. Esa conquista provocó en ellos una fisura, a veces una vergüenza, que mis vacaciones de pequeño pudiente jamás tuvieron. En un momento dado, ellos hicieron la ruptura. Por oposición a su *libertad escapatoria*, mi *libertad de desfase* fue más precoz, pero menos potente, menos meritoria y, sin duda, menos emancipadora.

De niño, sufrí las angustias de mi madre, los enfados de mi padre, me amamantaron con la leche negra de la cultura askenazi, pero aquí he querido referirme a un aspecto positivo de la educación que me dieron, a algo decisivo que les debo, uno de sus mayores logros: la autocaravana, que constituyó un entorno propicio para la plenitud de un muchacho. Mi libertad no era licencia, anarquía, disidencia, fuga, amotinamiento, impulso, arbitrariedad, capricho, pereza, ni siquiera inteligencia, pues a mí intelecto, lento para la comprensión, ya entonces le costaba moverse; yo había incorporado tan bien las reglas que estas podían ser anuladas sin que a mí se me ocurriera transgredirlas. No, la libertad que engendró la autocaravana era más bien asombro, disponibilidad, alergia a toda forma de servidumbre y fijeza, una forma de deriva despreocupada. Mi libertad no es, pues, una victoria; es más bien una tregua, una pausa en la larga carrera de la competición escolar y la rememoración fúnebre, al término de la cual seré el primero en saber y el último en olvidar.

Mis padres me regalaron las vacaciones más hermosas que se puedan concebir, en el marco de una infancia mimada. Mi madre me hizo amar lo que ella amaba; su cultura se convirtió en una lengua materna. En mi infancia se acurruca en secreto la infancia de mi padre. Porque esos veranos fueron tanto su éxito como su consuelo, la recuperación del recuerdo más o menos idealizado de sus días en los hogares de la posguerra: modelo de resiliencia que mi padre siempre deseó para nosotros, como si también fuéramos huérfanos, y la autocaravana, avatar de la «mansión» en medio de un parque, pudiera ser, por el lapso de unas semanas, el entorno de una salvación infantil y acoger la pedagogía de la que necesariamente nos beneficiaríamos, sin la cual nunca podríamos superar nuestros traumas.

Tuve la infancia que mi padre quiso para mí (como todos los padres, también el mío se proyectó en la infancia de sus hijos), fui feliz a través de la felicidad que él me organizaba, de modo tal que al final ya no sé quién de nosotros dos vivió mi infancia. Mi felicidad era, en el mejor de los casos, una ligereza, una alegría quieta; en el peor, una advertencia, el efecto de una rabia, a veces de una amenaza y, fuera como fuera, un ejercicio peligroso a ojos de mi padre porque era la confirmación de su renacimiento, el ímpetu transmitido por los hogares, como un don para las generaciones futuras.

Es así como terminé siendo feliz, en determinadas situaciones, en determinados períodos del año, pero también es así como llegué a apreciar en mayor medida la libertad que la felicidad; ya que la libertad estaba exenta de cualquier sospecha. Para experimentar un conato de bienestar, yo tenía que circunscribirme, hacer mi inventario. Necesitaba desplegarme en el interior de una esfera (mi litera en lo alto de la autocaravana, mi saco de dormir, una tienda, pero también el mar y las olas), donde sentía casi físicamente que mi único dueño era yo. La soberanía era mi única fuerza. Y hoy que los tiempos se están tornando sombríos, esa experiencia tiene todos los ingredientes del viático: la libertad antes que la felicidad, y la felicidad como mero resultado de la libertad.

Mi libertad fue la capacidad de abstraerme de la satisfacción de mi padre —de la infancia que él quería para nosotros y que era la réplica de su triple salvación como superviviente de un genocidio, huérfano de ambos padres y brillante alumno de la escuela de la República—. La vida junto a mi padre era alegre, estaba llena de fantasía, pero también era peligrosa, y los parajes de la felicidad se asemejaban a esas arenas movedizas que pueden llegar a deglutir al viajero. Mi libertad era el sumo esfuerzo de mi padre para liberarnos de él.

Se dice a veces que la libertad da miedo y suscita angustia. Para mí, la libertad significa el fin de la angustia. Es instinto de protección, gusto por adentrarse en uno mismo, partida, alejamiento. Estoy

inscrito en una filiación, pero siempre en camino. Y hoy mis libros son varias cosas a la vez, historia, sociología, antropología, investigación, relato, bitácora, biografía, autobiografía, oración, literatura, con cosas que se abren y cosas que se deslizan. Se escapan como me escapan, son pura destinación, avanzan en dirección recta y se bifurcan en los caminos que les designa mi placer.

Tuve la suerte de no morirme cuando era niño, como le ocurrió a Ana Frank, a Petr Ginz, a Hurbinek, a los bebés del gueto de Varsovia y a un millón y medio de niños judíos, pero sus desapariciones en cierta manera me alcanzaron, y eso es lo que me hace ser una persona angustiada en mi vida y constante en mis libros, que sigue las huellas de los ausentes, en compañía de nuestros queridos fantasmas. Escribo libros para que en lugar de ellos nosotros vivamos los hermosos años que a ellos les faltaron. Ahora, sirvo para eso.

22. A MIS HIJAS

CASI tengo la edad que tenía mi padre cuando nos gritó en Marruecos, por aquella carretera con vista a los meandros del oasis, porque nos negábamos a mirar el paisaje. Con el correr de los años, mi padre a menudo me aseguró que yo era infeliz porque vivíamos en un pequeño apartamento, porque no tenía una «pandilla de amigos» y porque no podía andar en bici por la calle. Sus afirmaciones me dejaban perplejo, pues yo tenía amigos, jugaba al fútbol y no sentía especialmente la necesidad de tener un jardín. No es que viviera en una dicha permanente, pero sí estaba contento, por lo general rodeado de compañeros, por lo general alborozado, como puede estarlo un chico de once años. Y si a veces me ponía triste, no era por la gran casa cuya ausencia torturaba a mi padre. Tardé mucho tiempo en comprender que, cuando él me decía «tú no eras feliz», en realidad estaba queriendo decirme que «yo no era feliz». Creo que hubiera estado bien que me lo dijera así, sencillamente.

Mi madre me descubrió *La bella Helena*, de Offenbach, una de las formas que adoptaron la alegría y la felicidad sobre la Tierra, por obra de un compositor franco-judío extraordinario, Sin embargo, es en mi padre en el que pienso al escuchar el aria de París: «¡Yo soy feliz, sed felices también, yo lo ordeno!» En los hogares, donde el culto a la Resistencia y a la Unión Soviética estaba vivo, mi padre fue criado con la esperanza de un futuro mejor. Me resultaría insoportable que, para mí, solo el pasado fuera mejor. Mi edad de oro, en California o en las vacaciones, acaso sea el producto de la era en la que crecí, con su «deber de memoria», sus «lugares de memoria» y la pedagogía de los juicios de Vichy. Pero los bosques de secuoyas donde dormíamos en el verano de 1980 ya eran de por sí un legado, un patrimonio: precisamente el presidente Lincoln, en plena guerra de Secesión, decidió proteger el valle de Yosemite, abriendo camino así a la legislación sobre los parques nacionales.

No consigo saber si la memoria me encarcela o si me transmite su energía, su fuerza vital. Objeto de consumo no consumista, materialización de mi pasado moldeado por cierto régimen de memoria, la autocaravana constituye la transición entre la esperanza

colectiva, al mejor estilo del Partido Comunista Francés y de las canciones de marcha, y la salvación individual, al mejor estilo tabla de windsurf y *spots* en lugares libres. En ese sentido, nuestras vacaciones son típicas de los años ochenta, década que ve, en Francia y en otras partes del mundo, las luchas de todos sucumbir ante la emancipación de algunos. Pero nuestra caja de metal beis, que era lo contrario de un yugo, justamente permite entender que la autonomía individual (y su corolario, el rechazo de la servidumbre) nutre los combates por la libertad colectiva. Mi militancia intelectual hoy lleva esta marca.

Mis padres nacieron durante la guerra, en un mundo donde no tenían derecho a vivir. Crecieron en un medio social en el que los estudios no eran el camino natural, lo cual explica que se hayan hecho a sí mismos; no como yo. No solo me impresionan su valentía y su fuerza moral. También la respuesta que dieron a quienes querían asesinarlos de niños: estudiar, elegir una profesión, tener hijos, criarlos. Vivir fue un acto de resistencia.

Estoy contento de que mis padres hayan podido obtener su cuota de felicidad. Cuando le pedí por correo electrónico a mi padre algún dato de la autocaravana, me respondió: «Sí, me acuerdo de bastantes cosas aún. Para nosotros también era algo bonito…» Unos años después de la publicación de *Historia de los abuelos que no tuve*, mi padre me confesó que ese libro le había cambiado la vida. Me produjo un gran alivio: mi padre había aceptado el regalo, reconocido el testimonio de gratitud. Pero también escribí ese libro para mis hijas, para la gran familia y, por último, para mí.

Volví a ver a Michel y Nicole Parent. Desde Brighton, donde trabaja como abogada, Sophie me escribió:

> Acabo de ver tu mensaje en mi teléfono. ¡Qué gusto me daría que nos encontráramos para hablar de nuestros años de infancia! Te confieso que no sabría en absoluto escribir el libro del cual me hablas y, sin embargo, aquellos años, esos viajes, los Jabs, tú, tienen un lugar enorme en lo que soy.
>
> ¿Nunca te conté uno de mis primeros recuerdos? Se remontó a Palo Alto. A ti te gustaba la princesa Leia. Yo me había quemado el antebrazo con la parrilla. Me vendaron todo el brazo, y estaba enfadada porque no quería parecerte fea. Debíamos de tener cinco y seis años, muy pequeños.

Unas semanas después, nos encontramos en París, cerca de la estación del Este, adónde yo había ido a acompañar a mi hija mayor, que se iba con una amiga a encontrarse con los abuelos de esta en el campo. Sophie y yo hablamos de nuestros padres y del modo en que nosotros también ahora nos habíamos convertido en padres. En el

momento en el que su hija entró en la adolescencia, Sophie hizo un curso de parentalidad positiva: responsabilizar al hijo, preferir el diálogo a la prohibición, etcétera. Charlamos con la familiaridad de los amigos de la infancia, como si estuviéramos en nuestros sacos de dormir, bajo la tienda, después de haber jugado a la guerra. Entonces entendí lo que caracterizaba a los Parent: el reconocimiento de un derecho al placer, el sentido de la plenitud personal, esa «búsqueda de la felicidad» que figura en la Declaración de Independencia de Estados Unidos, junto con otros dos derechos inalienables, la vida y la libertad.

La noche en que encontré el tema de este libro, en febrero de 2014, en la sala de estar del apartamento que mi familia política posee junto al parque nacional Ecrins, mi mujer le estaba dando el biberón a nuestra tercera hija, cuyos llantos también me habían despertado a mí. Eran las tres de la mañana. A través del ventanal, se veían los contornos y las líneas de la montaña estructurando el paisaje, como otra Santa Victoria.[26] En aquel momento sereno, bañado por la claridad de la noche que apagaba los colores y suavizaba los relieves, mi infancia se me apareció con tal fuerza que mis ojos se llenaron de lágrimas.

¿Por qué este libro ahora? Tal vez nuestras grandes emociones de adulto despierten nuestras grandes emociones de niño. Tal vez el panorama de las cumbres en plena noche me haya recordado los senderos de los volcanes que había escalado. Pero también había un sentimiento de responsabilidad: yo era padre de familia, y estábamos de vacaciones. Había llegado mi turno.

La aventura ya no cobrará para mí las mismas formas. ¿Habré perdido mis sandalias de Mercurio? Hoy, con nuestras hijas, visitamos capitales culturales, pasamos unos días en agradables casas familiares, nos quedamos en hoteles con restaurante, videojuegos en la recepción y televisión en las habitaciones. Otros tiempos, otros deseos, otras obligaciones, otro medio social quizá. Miramos *Rapunzel*, la película de Disney, y la historia de la princesa desaparecida me emociona hasta en sus créditos finales:

> Ir hacia la luz,
> la luz de mi infancia.
> Poner fin al misterio.

Cuando miro a mis hijas ocupadas con sus actividades cotidianas, me pregunto de qué manera elegirán ser libres, cómo harán frente a la violencia y la misoginia. Es demasiado pronto para decir si la Europa del siglo XXI se asemejará al continente próspero que yo conocí, a la

vorágine que se llevó a mis abuelos o a algo distinto, todavía inconcebible. A nuestros hijos intentamos aportarles amor, seguridad, felicidad, queremos darles lo mejor de nosotros mismos, pero ¿quién sabe cómo se logra eso?

Me vuelve la imagen de mamá con su vestido de flores, ligera, inclinada sobre la *Guía verde* a orillas

de un canal en Venecia, en medio del dulzor estival; papá al volante, con el codo sobre el borde de la ventanilla, su rostro feliz tostado por el sol, al mando de la familia que ha fundado. Y cuando llegue mi hora, me gustaría descansar en la banqueta de la autocaravana, lanzada a toda velocidad por una autopista, y la muerte será una larga velada, admirando las luces de un suburbio de Europa: esos chorros de oro fundido, visibles desde el espacio, donde nuestras vidas se igualan.

NOTAS

1 Complejo de campamentos familiares situado en la localidad de Vias (región de Languedoc-Rosellón), a orillas del Mediterráneo, con acceso directo a la playa, espacios acuáticos con toboganes y demás atracciones, polideportivo, restaurantes, etcétera. (N. de la T)

2 En español, una traducción posible sería «La Correcaminos». (N de la T.)

3 En español, una traducción posible sería «Mi caparazón». (*N. de la T.*)

4 Juego de naipes. (*N. de la T.*)

5 Pequeña aldea de población judía, situada en Europa Central u Oriental, antes de la Shoah. (*N. de la T.*)

6 Les Charmettes («Las pequeñas delicias»), casa de verano de Rousseau y madame de Warens, en Chambérg. (*N. de la T*)

7 Coche de turismo. (*N. de la T.*)

8 Caravana remolcable. (*N. de la T.*)

9 Literalmente, «paloma vuela». La expresión alude a un juego infantil. (*N. de la T.*)

10 Colección francesa de guías turísticas sumamente populares que sigue la línea de las *backpackers' guides* americanas y que en España se conocen como Guía Trotamundos. (*N. de la T.*)

11 La traducción es mía. (*N de la T.*)

12 Todos los títulos citados corresponden a historietas. (*N. de la T.*)

13 Libro de Hans Peter Richter que narra la historia de tres niños miembros de las Juventudes Hitlerianas. (N. de la T.)

14 Largo y amplio vestido con capucha que se usa tradicionalmente en el Magreb. (*N. de la T.*)

15 Curso de agua intermitente que fluye por valles generalmente secos, excepto durante la temporada de lluvias. (*N. de la T.*)

16 Alusión a un fresco que data del siglo V (N. de la T.)

17 El Ouvroir de Littérature Potentielle (en español, «taller de literatura potencial») fue un grupo de experimentación literaria

surgido en los años sesenta integrado por escritores y matemáticos. Su objetivo era crear obras siguiendo determinadas reglas y técnicas autoimpuestas. (*N. de la T.*)

[18] Autor y compositor francés sumamente popular, comprometido con causas como el ecologismo y los derechos humanos, que aborda en sus canciones temas ligeros y crítica *social. (N de la T.)*

[19] *La* traducción es mía. (N. *de la T.*)

[20] El barón de Haussmann fue quien dirigió las transformaciones arquitectónicas de París en tiempos del Segundo Imperio. (*N. de la T.*)

[21] Se refiere a determinada costumbre del siglo XVIII que consistía en que los jóvenes de buena familia hacían un gran viaje para refinar su educación aristocrática y ampliar sus horizontes de interés. (*N de la T.*)

[22] Manual de lectura escolar que fue publicado en 1877, tuvo muchísimo éxito y se utilizó hasta la década de 1950. (*N. de la T.*)

[23] Término formado a partir de *bourgeoise* («burguesa») y *bohhne* («bohemia»). (*N. de la T.*)

[24] Curso preparatorio con orientación literaria previo al ingreso en la universidad. (*N. de la T.*)

[25] Segundo año del curso preparatorio ya mencionado. (*N. de la T.*)

[26] La montaña de Santa Victoria es un macizo calcáreo situado en la región de Provenza, representado en una serie de pinturas de Paul Cézanne. (*N. de la T.*)